

**ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA**

LOS REYES EN EL DESTIERRO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ADAPTADO DEL FRANCÉS

POR

ALEJANDRO SAWA



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1899

LOS REYES EN EL DESTIERRO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lirico-dramática de los HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS REYES EN EL DESTIERRO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

adaptado del francés

POE

ALEJANDRO SAWA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 21
de Enero de 1899



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

—
1899

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CRISTIÁN II, rey de Dalmacia	SR. THUILLIER.
GUILLERMO, príncipe heredero . . .	SRTA. BLANCO.
MÉRAUT, profesor del príncipe	SR. CUEVAS.
EL DUQUE DE ROSEN	DONATO JIMÉNEZ.
EL PRÍNCIPE HERBERT, su hijo	PONZANO.
BOSCOVICH, consejero del rey . . .	MARTÍ.
EL PADRE ANSELMO, confesor de la reina	ALTARRIBA.
LEBEAU	PORREDÓN.
TOM LEVIS	MANSO.
EL MARQUÉS DE HAUSKA . . .	CALLE.
EL PRÍNCIPE DE AXEL, here- dero presunto de Finlandia	RANDO.
GRAEB	LASTRA.
FEDERICA, reina de Dalmacia	SRTA. COBEÑA.
COLETTE, princesa de Rosén	SRA. SUÁREZ.
LA REINA DE PALERMO	TOVAR.
MIKAILA, doncella dalmata	SRTA. SERRA.
LA MARQUESA DE SILVIS . . .	SAMIEDRO.

La acción en París.—Época actual

ACTO PRIMERO

~~~~~



## EL HOTEL DE LAS PIRÁMIDES

Un salón. Tres grandes balcones en el fondo. Las persianas cerradas. A la izquierda, primer término, la puerta de las habitaciones del rey y del príncipe heredero: en segundo término, la puerta con dos hojas del comedor. A la derecha y frente por frente de ésta, otra puerta igualmente de dos hojas, que da acceso á la antecámara: en primer término la puerta de las habitaciones de la Reina. Mesa, sillas, canapés; baules abiertos y á medio abrir; por do quiera el desorden propio de una familia que acaba de llegar de viaje; ropas y efectos hacinados sobre las sillas, la mesa cargada de ellos; sentada sobre una gran caja, Mikaila, la doncella dalmata, rendida de sueño da cabezadas; la Marquesa de Silvis arrodillada ante un baul mundo, retira de él ropa blanca y otras prendas, que pone en orden ó pasa á Mikaila. Boscovich, sentado á la derecha, inspecciona un herbario. Un gran silencio; la escena con poca luz.

## ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA DE SILVIS, BOSCOVICH, MIKAILA; LEBEAU, que entra hablando con voz fuerte en el silencio

LEB. ¡Señora marquesa!  
SILVIS (Con indignación é imponiéndole silencio con un gesto.) ¡Qué modo de gritar, señor Lebeau!...  
LEB. (Bajo y con tono zumbón.) ¿Hay algún enfermo?  
SILVIS No; pero la señora duerme y puede con esos gritos despertarla. ¡Despertar á Su Majestad!

- LEB. Que vucencia me perdone. El Rey acaba de despertarse, por cierto que de un humor excelente, y vengo por su *nécessaire* de viaje. (Aproximándose á los equipajes.) ¿No es esto? (Cogiendo un bulto.)
- SILVIS (Lanzándose sobre Lebeau con violencia, arrancándole el bulto y colocándolo respetuosamente sobre la mesa.) ¿Pero qué hace usted, desdichado? Yo le prohibo terminantemente tocar siquiera á esta caja, ¿entiende usted?...
- LEB. ¡Algún adefesio del año de la nanita! ¡Qué tipo! (Cogiendo otro objeto.) ¡Aquí está! (Vase hacia el fondo y se detiene mirando á la antecámara.) El *inglisch* está ahí desde esta mañana aguardando audiencia. Yo se la haré obtener en seguida. (Vase.)
- SILVIS (Viéndolo alejarse.) El Figaro del Rey se hace insolente. (A Mikaila que duerme.) Pero, ¿qué es eso, Mikaila? ¿Otra vez dormida?
- MIK. Dispensad, señora Marquesa, ¡tantas horas de tren!... y ni un momento de descanso desde que hemos llegado...
- SILVIS (A Boscovich.) ¡Señor consejero! Pero, ¿Qué es lo que veo? ¿Ha encontrado usted por fin el famoso herbario?
- BOS. (Amargamente.) ¡Un miserable fragmento, marquesa! ¡Todo lo demás ha quedado allá... destruido seguramente! ¡La flora completa de Dalmacia! ¡Cuarenta años de trabajo! ¡Toda mi vida!
- SILVIS ¡No iréis á llorar por eso!
- BOS. ¡Yo también he perdido un reino! ¿Qué quereis, marquesa? Vos teneis capricho por los cuentos, yo tengo pasión por las flores.
- SILVIS Solo que mis cuentos ayudan al desarrollo intelectual del principe heredero, mientras que vuestras flores... ¡Atención, oigo pasos en las habitaciones de Su Alteza! Id á ver, Mikaila. (Entra ésta en las habitaciones del Rey.)
- BOS. ¡Pobre niño! ¡Su primer despertar en el destierro!
- SILVIS No es precisamente á Su Alteza á quien hay que compadecer...
- BOS. ¡Oh, sí, la reina!

- SILVIS Pero ella sabrá dominar todas sus amarguras. Corona de oro ó de espinas, ¿qué importa eso para tan noble alma?
- Bos. ¿Y al Rey, marquesa, lo creéis capaz de resistir á esta gran prueba?
- SILVIS ¿Os aventurais á dudar del valor de Cristián II?
- Bos. ¡Oh! no, no es que dude; es un caballero, el primero de los caballeros; toda Europa admira al héroe de Ragusa... pero... ¿qué queréis? á pesar mío y siempre que de él me ocupo se me impone un antiguo recuerdo... ¡Como que data de la época del difunto Rey Leopoldo, de cuando tuvo su primer ataque! El príncipe Cristián tenía entonces doce años, y yo fui á su encuentro al jardín, donde estaba jugando al croquet, para anunciarle que de un momento á otro podría suceder en el trono á su tío moribundo. ¡Si lo hubiérais visto entonces llorar y debatirse! «¡No, yo no quiero ser Rey; no, yo no quiero ser Rey!» — gritaba el príncipe, agarrándose á todo lo que encontraba á mano y tirándose al suelo como temiendo que lo condujeran de fuerza á la sala del trono. «¡No, yo no quiero ser rey!» Más de una vez me he acordado de ese terror de niño, contemplando la forma entre aburrida y doliente con que el soberano soporta su corona. En la guerra sólamente, un arma en la mano, sabía nuestro amo mostiarse rey de vez en cuando... En el destierro, no hay que dudarle, marquesa, eso va á serle mucho más difícil.
- SILVIS Pero la Reina, señor consejero, estará á su lado para animarlo.
- REINA (Desde el interior, con voz angustiosa.) ¡Guillermo!
- Bos. ¡Su Majestad! (La Reina aparece por la derecha palida y desmadejada.)

## ESCENA II

La REINA, BOSCOVICH, la MARQUESA DE SILVIS

- REINA ¡Guillermo! ¡Quiero ver á mi hijo!
- SILVIS En este instante se acaba de despertar, señora.
- REINA (Avanzando un poco.) ¿Está ahí? (Deteniéndose.) ¿Era, pues, un sueño? Aguardaré á que se disipen estas visiones: mis caricias lo llenarían de espanto. ¿Qué hora es?
- BOS. Las seis acaban de dar, Señora.
- REINA ¡Tan tarde ya! ¿Cómo he podido permanecer tantas horas acostada?
- SILVIS ¿Su Majestad ha dormido mal?
- REINA Como se duerme después de una borrasca. Continuaba ensordecida por el estrépito de esas cosas terribles que acabamos de atravesar, los asaltos, los alaridos, la metralla. Soñé, evocando la realidad, que las fuerzas abandonaban á mi hijo, que iba á caer exánime, que se iba á morir de cansancio como los vagabundos de las carreteras... Lancé entonces un grito... ¡Oh! toda mi alma que se salía por la boca, y aquí estoy de pie para preguntarme si eso es sueño ó realidad.
- SILVIS A Dios gracias, Señora, no se trata sino de una pesadilla.
- REINA ¿Y el Rey, señor consejero, lo habéis visto ya?
- BOS. No, Señora, pero sabemos por Lebeau que Su Majestad se ha despertado hace un instante con toda felicidad y de un humor excelente.
- REINA ¡Lado sea Dios de que no hayan turbado el espíritu del rey esas pesadillas de que estoy avergonzada! Abrid las persianas, Silvis. (La marquesa de Silvis las abre. Se supone que las ruinas de las Tullerías aparecen en el fondo: la Reina se aproxima sin distinguirías. De pronto, y lanzando un grito.) ¡Oh! ¿Qué es eso?... ¿esas ruinas?
- BOS. Las Tullerías, Señora.

REINA Es cierto: no me acordaba; verdad que estamos en un país de revolución. ¿Por qué habremos venido á París? ¡Ese fantasma es el que pesaba sobre mis sueños! (Guillermo entra por la izquierda seguido de Mikaila y de un criado, que a un signo de la marquesa de Silvis comienza a llevarse los equipajes.)

### ESCENA III

GUILLERMO, la REINA, BOSCOVICH, la MARQUESA DE SILVIS

GUIL. (Con pasión.) ¡Mamá mía!

REINA (Recibiéndolo en sus brazos y besándolo frenéticamente.) ¡Hijo mío!

GUIL. ¿Por qué me besais tanto? ¿Vamos á tener que huir otra vez?

REINA (Con amargura.) No, Guillermo; aquí estamos seguros... ¿Habéis dormido bien?

GUIL. Así, así... oía á cada instante redobles y ecos, como los que produce el ogro Robistor cuando ronca en las montañas.

REINA (Sonriendo.) Uno de vuestros cuentos, Silvis. ¡Pobre niño! ¡Sólo los cuentos le entretienen, y, sin embargo, va á ser preciso enseñarle otra cosa! El Padre Anselmo debe venir esta tarde á presentarme el nuevo profesor del príncipe, un hombre extraordinario á lo que parece. ¿Ha venido el Padre Anselmo, Silvis?

SILVIS Aún no, Señora.

GUIL. (Que había ido hasta el balcón mientras la Reina hablaba.) ¡Oh, mamá; venid á ver! ¡Qué jardín tan bonito!

REINA (Vivamente, yendo hacia su hijo.) ¡No; eso, no, hijo mío; no miréis ahí! ¡Eso es feo y triste!

GUIL. ¿Triste? ¡Oh, no; por el contrario! ¡Ese jardín con tantas flores y tantos árboles, y esas fuentes que brillan! ¿Todo eso triste? ¡Qué ha de serlo!

REINA (Sonriendo tristemente.) Cada cual ve las cosas con los ojos propios de su edad. (Va hacia el balcón y mira. Una pausa.)

- SILVIS (Con inquietud á Boscovich.) La Reina no se da cuenta de que los transeuntes comienzan á agruparse, que miran hacia aquí...
- BOS. (Sin dejar de trabajar en su herbario.) Son simples curiosos...
- SILVIS (Mirando siempre hacia la calle.) ¡Enemigos quízás! ¡En este París! Pero hay entre ellos un tipo verdaderamente espeluznante, una especie de loco con el pelo largo y alborotado. ¡Mirad! ¡Sube hasta la verja para ver mejor! ¡Sus ojos brillan! Pero, ¿qué es lo que grita?
- VOZ (Desde fuera.) ¡Viva el Rey!
- REINA (Alejándose del balcón emocionada y pálida.) ¿Habéis oído, Silvis?
- SILVIS (Tranquilizada.) Sí, Señora. ¡Y yo que había temido!...
- REINA ¡Que el cielo te lo premie, generoso desconocido! Tu ¡viva! me reanime y me reconforte, como si después de un gran frío me acercara á un buen fuego familiar...
- BOS. ¡Es extraño! Ese hombre ha gritado ¡viva el Rey! y, sin embargo, el Rey no estaba ahí...
- REINA ¡Pero estaba mi hijo! (Lo besa de nuevo. Entra el Rey, que se detiene para considerarlos un instante.)

## ESCENA IV

LOS MISMOS, el REY

- REY Buenos días, Federica.
- REINA ¡Oh, dispensad!
- REY (Haciéndole una reverencia y besándole la mano.) Estáis muy bella así. Me felicito de que hayáis podido descansar. ¿Y vos, hijo mío? No hace sino algunas horas que estamos en París, y ya tiene otro semblante.
- GUIL. Hay enfrente un gran jardín, Señor, con muchos niños que juegan...
- REY ¿Y ese espectáculo es más agradable, no es eso, que el de las negras murallas de Ragusa? Pero, á Dios gracias, henos aquí. Y yo espero que este hermoso París nos será hospitalario. (Lanzando una mirada al exterior y aper-

cibiendo las Tullerías.) Hé, ahí, sin embargo, un paisaje un tanto lúgubre Las Tullerías, ¿no es eso?

REINA      Sí, las Tullerías.

REY        Un poco cambiadas de algún tiempo á esta parte. ¿Os acordáis, Federica, de la gran fiesta organizada en nuestro honor con ocasión de nuestra llegada á París, hace... ¿cuánto tiempo?

REINA      Ocho años, Señor.

REY        ¡Ocho años ya! ¡Ocho años que hemos tardado en atravesar la calle! Pero supongamos que esto es un simple cambio de hospedaje. No somos los solos reyes albergados en esta gran posada de París.

REINA      ¡Desgraciadamente!

REY        Contad. La reina de Palermo, nuestra prima, y el rey; el rey de Wesfalia y la reina de Navarra, hacen tres; el duque de Parma, cuatro, y ese excelente príncipe de Axel, tan calavera y tan divertido; luego buena parte de la más auténtica nobleza...

REINA      El duque de Rosén al frente de ella...

REY        ¡Ese pobre duque! Me obligaron á desterrarlo por autoritario, y ahora me echan á mí por liberal. ¡Tiene gracia!

REINA      El duque es un servidor un tanto rudo; ¡pero tan leal!

REY        La lealtad misma, Federica, y por eso me extraña no verlo ya aquí entre nosotros.

Bos.        Ha estado aquí, Señor; pero habiendo sabido que VV. MM. dormían, se retiró, después de informarse del estado de VV. MM., para volver con el príncipe Herbert, su hijo, y la princesa...

REY        ¡La princesa.. esa muchacha... Sauvadon, creo que se llama... la sobrina de un rico vinatero de la Rápée!...

REINA      ¡Una extraña boda!

REY        No tan extraña. Rosén accedió á ello á causa de los tres millones de dote de la muchacha. Porque Rosén es en todo semejante al águila; heróico y rapaz. Que entren inmediatamente que lleguen.

- REINA (Retirándose.) Y que se me avise su llegada.  
REY Hasta ahora, Federica: hasta ahora, Guillermo. (La Reina entra en sus habitaciones seguida de Mikalla; Guillermo en las suyas con la marquesa.)  
BOS. ¿Trabajais en nuestras cuentas, Boscovich?  
REY De eso me ocupo, Señor.  
BOS ¿A qué personas habéis enviado aviso de nuestra misteriosa llegada?  
LEB. Todas se han apresurado á venir á inscribirse en el registro del hotel. Lebeau presentará á Vuestra Majestad las tarjetas...  
REY (Que ha permanecido en el fondo, presentándole varias tarjetas.) Señor...  
LEB (Recorriéndolas y devolviéndolas á la bandeja que le tiende Leveau; de pronto, leyendo:) «Tom Levis, proveedor de las Majestades en París.» ¿Qué es esto?  
REY Una persona que puede ser, según mi humilde opinión, muy útil á Vuestra Majestad. Está aguardando desde esta mañana.  
REY ¡Proveedor de las Majestades en París! ¡Tiene gracia el título! Dí que entre.

## ESCENA V

LOS MISMOS, TOM LEVIS, BOSCOVICH, LEBEAU en el fondo. Cambia con éste al ser introducido un gesto de inteligencia. Se aproxima al Rey haciendo genuflexiones exageradas

- REY Me dicen que estais ahí desde esta mañana...  
TOM (Con marcada pronunciación inglesa.) Ser la verdad, sire.  
REY Sin duda por razones de importancia...  
TOM Muy importantes... para vos, sire.  
REY ¿Para mí?  
TOM Yés... Tom Levis, proveedor de las Madjestades, sire; especial agente de personajes de Madjestad que las vichicitudes y las modernas revoluciones atraen de todas partes del mundo á este maravilloso París...  
REY ¡Ah, yal Comprendo. Sois, por lo que veo, el proveedor de los Reyes en el destierro.

- TOM ¡Oh, yes, muy bien! Vuestra Madjestad tener mucho *esprit*.
- REY ¿Y el negocio marcha?
- TOM No poder quejarme, sire.
- REY He ahí una de esas admirables compensaciones en que se adivina el dedo de la Providencia. Tanto gusto en llegar á ser parroquiano suyo, mister Tom. Pero, ¿de qué artículos provee usted á mis colegas?
- TOM ¡Oh! De todo. (Con marcado acento de malicia.) ¡De todo! Y yo venir á hablarle á Vuestra Madjestad del hotel primeramente.
- REY ¿El hotel?
- TOM Yes. Yo hacer pacto con Vuestra Madjestad de entregar á Vuestra Madjestad un espléndit hotel, todo mueblado, todo alfombrado, con caballos en cuadras, con coches en cocheras, todo el comfortable; criados, ropa de cama, vajilla repujada, y toda, toda en cuarenta y ocho horas y en el barrio que Vuestra Madjestad dispensar el honor de señalar con el dedo. Yo tengo el mapa. (Presenta al Rey un plano de París.)
- REY Sois brujo, por lo que veo.
- TOM No, sire; yo ser un simple honorable agente de negocios. Yo conocer intríngulis.
- REY ¿Intrín...?
- TOM Intríngulis... Ser de buena lengua... los bastidores... yes... Yo conocer... Yo ser el salvador de las situaciones difíciles... Vuestra Madjestad poder tomar informes... Yo dar referencias las más honorables... ¿Quién montar espléndida residencia de la reina de Navarra? ¿Quién instalar en la Muette el hotel de Su Alteza el duque de Parma? ¿Y el pequeño retiro de Su Alteza el príncipe de Axel?...
- REY (vivamente.) ¿Un retiro Axel?...
- TOM (Como contrariado.) Escapar de mis labios sin querer...
- REY ¿Qué entiende usted por un pequeño retiro?
- TOM ¡Oh! Una casita, lejos del centro... pequeñita... con dos puertas... también pequeñitas...

- que no dejar penetrar las preocupaciones de la grandeza...
- REY (Riendo.) ¿Lo que se llamaba en el siglo pasado un nido galante?
- TOM Yo no recordar cómo decirse en el siglo pasado...
- REY Y dígame, master Tom, ¿es bonita?
- TOM ¿La casita?
- REY No, la inquilina.
- TOM Yo no conocer los inquilinos de Su Alteza el príncipe de Axel. Si Vuestra Madjestad querer dar un vistazo al *memorandum* de mi agencia, Vuestra Madjestad poder ver á un lado *discretion* y á otro *celeridad*.
- REY (Riendo.) ¡Las dos cualidades de Mercurio!
- TOM Yo decir bien que Vuestra Madjestad tener mucho *esprit*.
- REY Y bien, precioso Tom, no me atrevería á jurar que el día menos pensado no haya de utilizar sus excelentes ofrecimientos; pero por el momento...
- TOM Yo creo que Vuestra Madjestad poder equivocarse si Vuestra Madjestad jurar...
- REY Por el momento estoy obligado á declinarlos, no siendo mi ánimo el de montar en París casa, ni grande ni pequeña. Yo no estoy aquí sino de paso. Mis súbditos no pueden tardar en llamarme.
- TOM Yo estar de eso convencido, sire. Yo creer también antes que los navarros llamar á Doña Blanca y los wesfalianos...
- REY (Interrumpiendo y levantándose.) Está bien, master Tom. Ya le avisaré por Lebeau si considero que puede serme útil algún día.
- TOM ¿Lebeau... ser...?
- REY Mi ayuda de cámara.
- TOM Yo estar honrado de la confianza...
- REY Adiós, master Tom.
- TOM Veintiocho, calle Royal.
- REY Celeridad... discreción.
- TOM Y respetabilidad, sire. Yo estar casado. (va hacia la puerta. El Rey le vuelve la espalda riendo y se dirige hacia Boscovich. A Lebeau, en voz baja.) Usted venir á verme. ¿Querer usted?

LEB. (Lo mismo, imitándole.) Querer yo.  
 TOM ¡*All right!* (vase.)  
 LEB. (Anunciando.) El señor duque de Rosén. El príncipe y la princesa de Rosén.  
 REY (Yendo á su encuentro.) ¡Rosén! Prevenid á la Reina.

## ESCENA VI

EL REY, el duque de ROSÉN, HERBERT DE ROSÉN, BOSCOVICH, trabajando en el fondo; después la REINA

ROSÉN (Entra y se detiene de pronto, temblando de respeto y emoción.) ¡Majestad!  
 REY ¡Y bien, General! ¡Harto me lo habíais predicho! ¡No he tirado suficientemente de las riendas! (Lo estrecha contra su pecho.)  
 ROSÉN Majestad... es demasiado... demasiado honor...  
 REY ¡Qué feliz soy sintiendo latir un corazón tan leal como el tuyo contra mi pecho! (viendo aparecer á la Reina.) La Reina, Duque.  
 ROSÉN Señora... (La Reina le alarga la mano: el Duque se prosterna y la besa.)  
 REINA ¡Ah, mi pobre Rosén, mi pobre Rosén!  
 ROSEN (Aparte.) ¡Qué cambiada está! ¡Cuánto ha sufrido! El Rey, por el contrario, está lo mismo. (En voz alta.) Colette... Herbert... venid á saludar á vuestros Soberanos. (Ambos se acercan y se prosternan. Herbert, torpe de maneras, muy mlope, con los lentes cayéndosele á cada instante: anda con mucho trabajo apoyándose en un bastón.)  
 REY (Aparte, observando á Colette.) Pero, ¡qué linda! ¡Si se ven muchas caras como esta por las calles de París me figuro que el destierro no va á serme enteramente desagradable! (Alto.) ¿Estais herido, príncipe?  
 HERB. Una caída de caballo, Majestad.  
 REINA ¿Accidente de caza?  
 HERB. En las carreras, Señora, en Chantilly. Yo me ocupo, especialmente, de la mejora de la raza caballar. Unas cuantas costillas rotas y además esta pierna. No puedo dar un paso sin apoyarme en el bastón. De otro modo...

- ROSEN De otro modo, Señor, hubiéramos corrido á vuestro lado y no hubiéramos sido los primeros —¡oh, no!— en abandonar los muros de Ragusa!
- COL. (Con entusiasmo.) ¡Y yo hubiera estado con vos, padre mío! (La Reina sonríe y le estrecha la mano: ambas se alejan por la izquierda.)
- REY (Aparte, sin dejar de mirar á Colette.) ¡Pero qué muñeca tan linda! (Alto, dirigiéndose á Rosen.) Antes de que pueda abandonar el bastón ya estaremos en aptitud de llevar al príncipe con nosotros á nuestras montañas, á hacer la guerra de partidas,
- ROS. ¡Que Dios os oiga, Señor! ¡Y plegue á su Divina Majestad también que, á pesar de mi gota, yo pueda demostrar á esos abogadillos de la Dieta, que el viejo soldado de las guerras montenegrinas no se ha enmohecido aún por las nieblas del Sena!
- REINA ¿Cuánto tiempo creéis que podrá durar nuestro destierro, Rosen?
- REY ¿Destierro, Federica? Decid mejor vacaciones. Esto no es más que unas vacaciones de algunos meses que los dálmatas nos han graciosamente concedido para que podamos reposar de los trabajos de la corona. Tan convencido estoy de ello que no hace aún veinte minutos acabo de rechazar el ofrecimiento que se nos hacía de un palacio completamente instalado ..
- ROSEN ¡Pero eso no es posible! Vuestra Majestad no se ha dignado considerar que hay otros muchos Soberanos con residencia en París, y que el Rey de Dalmacia no puede ser el único que carezca de domicilio propio.
- REY Pero es que hay otras razones, Duque, y de mucho peso, para que no nos decidamos por el momento á adquirir el Louvre. Es que nuestros bienes han sido confiscados y que no contamos sino... ¿Con cuanto, Boscovich? ¡La cuenta!
- BOS. (Desde el fondo.) Un millón apenas, Majestad.
- REY ¡Un millón! ¡No creía yo en tanta belleza!
- ROSEN (Aparte, aterrorizado.) ¡Apenas para un año!

- REY (Sonriente.) ¿Seríais capaz, Duque, de hacernos vivir con eso... sin excesivas economías?
- ROSEN (Después de una pausa.) Acepto ese honor, Majestad.
- REY (Alegremente.) Pero se me olvidaba deciros que hemos salvado además otro tesoro mucho más querido: la corona, nuestra infortunada diadema, que ha sido salvada por la Marquesa de Silvis, ¿sabéis cómo? ¡en una sombrerera!... En el tren, á bordo, á pie, á caballo... la Marquesa ha recorrido seiscientas leguas sin abandonar el precioso tabernáculo. Y notad que es pesado: ¿quién puede saberlo mejor que yo? ¡La Marquesa también sabe desde ahora lo que son las preocupaciones de la corona!
- COL. (Riendo aparte.) ¡Oh, qué Rey tan espiritual, tan exquisito!
- REY (Mostrando la sombrerera sobre la mesa.) Helo ahí, el sacrosanto objeto. ¿Qué apariencia tan inofensiva, eh? ¿Quién no creería que ese cháisme contiene algún viejo sombrero de copa alta de nuestro respetable consejero ó algo así? Pero, nada de eso. (Abriendo la sombrerera y sacando la corona.) ¡Es la diadema dalmata!
- COL. (Con admiración.) ¡Qué hermosas piedras!
- REY (Con galantería.) Acercaos para verlas mejor, princesa.
- REINA (Levantándose é interponiéndose.) Majestad, os lo ruego...
- REY Llevais razón. Velemos respetuosamente ese símbolo sagrado.
- REINA (Deteniéndose.) Al contrario, Señor. Dejadlo en sitio bien visible. Yo quiero que esté siempre á nuestra vista para recordarnos lo que hemos perdido, lo que nos hace falta reconquistar, lo que debemos á nuestro hijo.
- REY (Con nobleza.) Que vuestra voluntad se cumpla, Federica; solo que, creedlo, donde quiera que vos esteis semejante *memento* es completamente inútil; no conozco alma más regia que la vuestra, y eso coloca en vuestra frente una diadema tanto más bella cuanto

que la otra ha caído al suelo desprendida; diadema que yo veo materialmente ciñendo vuestras sienes; diadema que yo admiro, y que tiene para mí mucho más valor que ese oro y toda esa pedrería...

REINA

(Confusa.) ¡Oh, Majestad!

HERB.

(En voz baja á Colette.) ¡Cuánto se quieren!

COL.

No hay que darle vueltas. La legitimidad. No hay sino eso.

REY

(Volviéndose hacia Rosén.) Sí, mi buen Rosén... Pero, ¿qué veo? ¿Tú llorando? ¡El héroe de veinte batallas! ¿Qué podrías tú pedirme por esas lágrimas que yo te negara, duque? ¿Lo que yo os pediría? Yo era jefe de vuestra casa civil y militar...

ROSÉN

REY

(Jovialmente.) ¡Ambicioso! (Cambiando de tono.) Pero, ¿cuál es la casa civil y militar que nos queda? La Reina tiene su capellán y su dama de honor, el príncipe su *gouvernante*, yo tengo á Boscovich para la cancillería y al maestro Lebeau para hacerme la barba. ¿Para qué más?

ROSÉN

(Señalando á su hijo.) Vuestra Majestad necesita un ayudante, (Mostrando á Colette.) la Reina otra dama de honor que concorra con la marquesa de Silvis...

REINA

(Alargando la mano á Colette.) Por mi parte de todo corazón, princesa.

CCL.

(Arrodillándose.) ¡Oh, Señora, este es el día más feliz de mi vida!

REY

(Estrechando la mano de Herbert, mientras observa á Colette con el ratillo del ojo.) Es cosa convenida, príncipe. (La doble puerta del comedor se abre. Un lacayo, Graeb, aparece.) Llegó, por fin, la hora de cenar. (A Rosén, que hace un movimiento para irse.) No... Quedacs, Rosén. Yo quiero que la comida sea alegre y verme rodeado de mis más adictos amigos. Vos también, Boscovich. ¡A menos que no prefirais comer de vuestro herbario!

Bos.

(Cerrando precipitadamente un libro.) ¡Señor!... ¡Oh, Señor!...

ROSÉN

(Dudoso.) Pero... Señor...

REY

(Sonriente.) Sí, sí, comprendo. La etiqueta,

¿no es eso? La etiqueta ha quedado enterrada bajo las bombas de los sublevados en los muros de Ragusa con el traje de boda de la marquesa de Silvis y la peluca de Boscovich...

COL. (A Rosén.) Su Majestad va á ofrecerme el brazo... ¡Oh, qué Rey tan noble! (El Rey se acerca á la Reina y le ofrece el brazo. Gesto de contrariedad de Colette. El Duque le ofrece el suyo.)

ROSÉN (En voz baja.) El Rey no ofrece el brazo sino á las reinas, princesa; y á pesar de cuanto se ha servido decir, creedlo, todo el ceremonial no ha quedado destruido por las bombas de los traidores de Ragusa. (Pasan todos al comedor. En el momento en que la puerta se va á cerrar, se abre la de la derecha y entran el Padre Anselmo, con hábito monacal, y Méraut.)

P. ANS. (Al criado.) ¡Ah, van á la mesa Sus Majestades! No digais nada. Aguardaremos el tiempo que sea preciso. (El criado se inclina y entra en el comedor.)

## ESCENA VII

EL PADRE ANSELMO. MÉRAUT

P. ANS. (A Méraut, que lanza alrededor suyo miradas de curiosidad y ternura.) ¡Vamos, ya estareis contento!

MÉRAUT (vacilante.) No tanto como imagináis.

P. ANS. ¿La causa?... Cuando el Padre Melchor me llevó esta mañana al zaquizamí que habíais...

MÉRAUT Hace veinte años. Casa y vestido viejos. Los prefiere así. El tiempo me los hace amar.

P. ANS. Al exponeros mi misión, al ofrecereros el cargo de preceptor del príncipe de Dalmacia, os encuentro frío como el mármol; y al asistir después, para daros el tiempo de reflexionar que habeis pedido, al lugar de nuestra cita...

MÉRAUT Sí, aquí en frente, en las Tullerías, donde,

- dicho sea de paso, y sin que lo toméis á mal, habéis llegado con una hora de retraso...
- P. ANS. O vos con una hora de anticipo...
- MÉRAUT ¡Psh! No digo que no. Es posible. Tengo el reloj en Peñaranda...
- P. ANS. (Con extrañeza.) ¿En Peñaranda?
- MÉRAUT (Riendo.) Nada... un barbarismo... continuad.
- P. ANS. Y al volver, decía, os encuentro completamente transformado, lleno de entusiasmo...
- MÉRAUT (Sin dejar de reír.) Sí, convengo en ello; pero es que tuve una visión... ¡tan hermosa! Pero la visión se disipó luego; la razón reconquista sus fueros...
- P. ANS. ¿Quiere usted, pues, obligarme á sospechar que sea el aspecto de esta habitación alquilada, de estos muebles de alquiler también y en desorden, de esta monarquía en ruinas lo que os hace perseverar en vuestras primeras vacilaciones?
- MÉRAUT El inquilino del zaquizamí donde habéis estado esta mañana no se acobarda ante ninguna miseria, las conoce todas. ¿Qué fortuna vale lo que un sueño? Y si yo llegara á aceptar vuestras proposiciones sería en la confianza de ver realizarse mi sueño.
- P. ANS. ¿En qué consiste, pues?
- MÉRAUT (Yendo hacia la corona, cogiéndola con ambas manos y haciendo el gesto de la consagración.) En coger esto, padre mío, y colocarlo sobre una cabeza que yo hubiera creado expresamente para ello. (Pone la corona respetuosamente sobre la mesa.) ¡En hacer un rey! Ese es mi sueño, en dos palabras.
- P. ANS. Pues eso es precisamente lo que se os ofrece. La educación de un príncipe.
- MÉRAUT Sí, ya sé, ya sé. Pero es el caso que conozco demasiado eso. Hace poco tiempo, en Suabia, fui investido de esa misión sagrada, la educación de un príncipe, y me impusieron tales condiciones y vi tales miserias, que tuve que renunciar, que huir... porque, padre, tengo miedo, mucho miedo de perder mi fe en los soberanos, mi lealtad, si se me obliga á mirarlos de cerca.

P. ANS. ¡Olvidais que en el destierro todas las virtudes se agigantan!

MÉRAUT Pero no en París. ¡París es malo para los reyes! ¡A los que no aplasta, los disuelve!

P. ANS. ¿Es un realista quien habla?

MÉRAUT ¿Podéis dudarlo un solo instante? Pero yo soy de un país donde las medias tintas no existen, donde el sol convierte las ideas en completamente blancas ó en completamente rojas. En mi familia todos fueron blancos. Mi abuelo murió en la guillotina. Mi padre se batió por los Borbones en 1815; su último aliento fué para el Rey. No me dejó otra herencia. ¡Razón de más para que me sea sagrada!

P. ANS. ¡Sois un gran corazón, hijo mío!

MÉRAUT También tuve un maestro, blanco igualmente, legitimista también, que se encargó de completar el troquel en que me había vaciado mi padre. Y cuando vine á París, joven, ardiente, convencido, á ofrecirme á mi partido, no dudé un solo instante que me sobraban fuerzas para transformar el mundo. ¡Cuando pienso en lo que se hubiera podido extraer de mí! Pero en lugar de un ejército me encontré con un coro de bailarines y pisaverdes, y en lugar de una legión de partidarios vi á un grupo de jugadores de whist, que, como mi presencia les molestaba, me despidieron ¡ah, eso, sí, con mucha cortesía! pero que me despidieron al fin y al cabo. Me lancé entonces al periodismo, á la propaganda al aire libre, por las calles y por los campos, hasta caer exánime, desplomado, dilapidado. Quise después escribir un libro...  
ANS. Que está ya terminado...

MÉRAUT Que no está terminado. ¡Es mucha labor un libro! Y luego, que las ideas no se arremolinan sobre mi cabeza, sino cuando hablo ¡como las campanadas atraen el rayo! Y además que no es un libro, sino un hombre lo que sería preciso hacer... y ese ha sido, mi segundo sueño... ¡el sueño desbaratado por la corte de Sárabía!

- ANS. La ocasión que se os ofrece es mucho mejor actualmente.
- MÉRAUT ¡Pero mi derrota es tan reciente! (Con melancolía.) Además, yo me siento gastado, usado. ¡Llama y fuerza! ¿Tengo ya acaso bastante de la una y de la otra, para poder acometer tamaña empresa? Y si la acometiera ¿no habría de encontrar aquí las mismas dificultades, idénticos egoísmos? ¿Sería yo libre, en una palabra? (La Reina aparece en la puerta del comedor) Pero es que yo no quiero compartir con nadie la educación del alma que se me confíe; es que yo quiero modelarla á mi gusto, tallarla según el patrón de esos reyes antiguos de los que ya no se encuentran ejemplares sino en la Historia, absolutos, enteros, cuadrados por la base. ¡Yo quiero hacer un Rey ecuestre, un Rey que comprenda que si la Monarquía está condenada á perecer, vale más que caiga combatiendo, envuelta en su bandera, que no en un sillón de paralítico, empujado por un Parlamento! ¡He ahí lo que quiero, padre mío! Y por eso continuo preguntando: ¿me dejarán en libertad de realizarlo?
- REINA (Que ha ido sigilosamente avanzando hasta Méraut.) ¡Señor Méraut, contad con la voluntad ardiente de la Reina!

## ESCENA VIII

LA REINA, el PADRE ANSELMO y MÉRAUT

- MÉRAUT (Volviéndose hacia la Reina é inclinandose.) ¡Señora!
- REINA ¿Queréis que os confíe á mi hijo para hacer de él el Rey con que soñais?
- MÉRAUT (Después de un momento de silencio, alargando la mano con un gesto plebeyo, como signo de promesa, y con voz fuerte.) Consiento, Señora.
- REINA Os doy las gracias. Pero... yo creo conocerlos... haberos visto antes de ahora en algún sitio... (Méraut, ligeramente sobrecogido, no respon-

de; la Reina le mira con más atención, y concluye por reconocerlo.) ¡Ah, sí! ¿no erais vos quien hace un instante, y ante estos mismos balcones, habéis gritado ¡viva el Rey?

MÉRAUT (Confuso.) Un movimiento, Señora, que no pude contener...

REINA ¡Oh, sí, con toda mi alma os confiaré á mi hijo y desde este mismo instante! Quiero que, á ser posible, mañana mismo deis comienzo á vuestros trabajos.

MÉRAUT Si Vuestra Majestad me permite...

REINA Decid, señor Méraut.

MÉRAUT Comenzaremos desde hoy mismo. Voy á explicarme. Sería altamente conveniente que Su Alteza guardara del primer día de destierro un recuerdo penetrante y profundo. En la capilla subterránea de los padres Franciscanos, se celebra, por privilegio especial, todas las noches el santo sacrificio de la misa. Trasporta ese oficio el espíritu á la época de las catacumbas. ¿Me sería permitido, Señora, conducir allí á Su Alteza para hacerle pronunciar su primera oración de desterrado?

REINA Llevais razón; yo uniré mis rezos á los del príncipe.

LACAYO (Anunciando.) ¡Su Majestad la Reina de Palermo! ¡Su Alteza Real el Príncipe de Axell!

REINA (A Méraut.) Dignaos aguardarme en las habitaciones de mi hijo. Padre, rogad á la marquesa de Silvis que vista al príncipe: soy con vosotros en seguida.

MÉRAUT (Aparte inclinándose.) ¡Qué noble criatura! (En el momento en que sale acompañado del Padre Anselmo, entran la Reina de Palermo y el Príncipe de Axel. Considerando á la Reina de Palermo.) ¡Aun otra Majestad caída!

REINA ¡María!

R. PAL. ¡Federica! (Se abrazan entre sollozos.)

MÉRAUT (Aparte.) ¡Desgraciadas! (Vase.)

## ESCENA IX

LA REINA, la REINA DE PALERMO y el PRÍNCIPE DE AXEL

- R. PAL. ¡Ah, querida, querida mía, tú también! Ya lo ves, no he podido aguardar. Recibir tu misiva y venir á verte ha sido todo uno. Como el Rey no estaba en casa, le he rogado su brazo al Príncipe.
- REINA (Al Príncipe.) Yo os doy gracias, Alteza, por haberme traído á mi prima.
- AXEL (Haciendo una reverencia.) Yo me siento feliz, Señora, por haber reunido los dos corazones que admiro más en el mundo.
- REINA Hace ocho años que nos vimos por primera vez, ¿no es eso, Príncipe?
- AXEL En efecto, Señora, ocho años. La última gran fiesta de las Tullerías... Un gran concierto... Se cantó... (Aparte.) Luego llegó el turno de hacernos bailar á nosotros...
- R. PAL. ¡Qué tiempos tan desdichados los nuestros! ¡Y cuánto he pensado en vosotros! Ese cañón de Ragusa me parecía estarlo oyendo toda la noche desde mi retiro de Vincennes.
- REINA No era otra cosa si no el eco del de Fiéscolo, la Ragusa tuya.
- AXEL (Aparte.) Sinfonía heroica, andante, marcha fúnebre. ¡Ah, hé ahí Cristián! (Cristián entra conduciendo de la mano á Colette, radiante, á quien habla en voz baja: van seguidos de Rosen y Herbert.)

## ESCENA X

EL REY, la REINA DE PALERMO, el PRÍNCIPE DE AXEL, COLETTE, DUQUE DE ROSEN y PRÍNCIPE HERBERT

- REY (Conduciendo á Colette hasta el centro del escenario, en voz baja.) ¿Y hace ya un año que os habéis casado?
- COL. Sí, Majestad.

- REY           ¿Y Herbert, no se ha vuelto loco?  
COL.        ¡Señor!...  
REY        No hace todavía una hora que os conozco y ya no me siento dueño de mí mismo.  
COL.        ¡Oh, Señor!...  
REY        ¡Cuánto siento no dominar completamente el idioma!  
COL.        ¿Para qué, Señor?  
REY        Para poderos decir, admirablemente, que sois encantadora.  
COL.        Sin embargo, me parece...  
REY        No lo digo bien.  
COL.        No os inquietéis por eso. Majestad: hay un proverbio francés que dice que no son las palabras sino la música lo que forma la canción.  
REY        ¡Adorable! ¡Oh, estas parisienses!... (Conduce a Colette a un sillón próximo á las dos Reinas, que se levantan.)  
REINA       La Reina de Palermo, señor.  
REY        ¡Mi prima! (Esta lo saluda ceremoniosamente.) ¡Qué diantre, un abrazo!  
AXEL        (Aparte.) Après. Iguales.  
REY        (Yendo hacia el Príncipe de Axel.) ¡El Príncipe de Axel! ¿Cómo va, Príncipe?  
AXEL        A pie y sin murga.  
REY        ¡Siempre el mismo! ¡El excelente camarada! (Llevándolo aparte.) Pero vamos á ver, Príncipe, yo tengo una curiosidad del diablo por conocer á fondo este admirable París, y cuento para ello con vos. ¿Qué diantre se hace en París para combatir las melancolías del destierro?  
AXEL        ¿Que qué se hace? ¡Divertirse! Elegid por guía á un joven... Herbert, por ejemplo..  
REY        Pero Herbert... con ese aire de..  
AXEL        Por el contrario, muy lanzado, muy en el movimiento..  
REY        ¿Sí? (Llamándolo.) ¡Herbert! (Este deja a su padre y va hacia el Rey; forman los tres un grupo en la derecha: Rosen á la izquierda con las Reinas y la Princesa.) Herbert, ¿sabes lo que acaba de decirme el Príncipe? ¡Que eres un Galaor, un don Juan!

- HERB. ¡Oh, Señor! Lo cierto es que en el club me llaman todos el Rey de la Goma.
- REY (sin comprender.) ¿Por qué de la goma?
- AXEL Porque él... borra á los demás.
- REY (A Herbert.) Pero, ¿cómo te arreglas para eso? El Duque no es pródigo precisamente. Y hasta me habían asegurado que vivían ustedes, solos, en el fondo de un sombrío palacio cayéndose á pedazos de puro viejo, con la despensa cerrada con candados y cerrojos, los balcones impenetrables y sin más alimento que un filete y un huevo duro.
- HERB. (suspirando.) Algo de eso hay. Por la más ligera escapada...
- AXEL El Duque le suprimía el filete y el huevo.
- HERE. Pero yo encontraba modo de arreglarme... Los usureros... firmando pagarés... y además, Tom Levis...
- REY Un hombre precioso, ¿eh? Pero, dime, bandido, ¿y tu mujer? Cuando se tiene una mujer como la tuya...
- HERE. ¡Oh, Señor! Ella no sabe nada, y es feliz. Yo la adoro.
- REY Vamos á fumar. (Se dirigen hacia uno de los balcones.)
- COL. (Aparte, contemplándolos.) ¡Oh, qué Rey tan encantador! Absolutamente como Enrique IV; galante y bravo.
- REINA (A Rosén, como prosiguiendo una conversación comenzada.) Si os hubiéramos tenido en Ragusa, Duque, la resistencia hubiera podido prolongarse.
- ROSÉN Y los socorros hubieran llegado á tiempo.
- REINA ¡Socorros!
- R. PAL. ¿Socorros de quién? ¿De los demás soberanos? Los reyes se contemplan caer, unos tras otros, sin inmutarse, sin sentirse en nada solidarios...
- ROSÉN Pero hubieran venido de la montaña, de esa montaña donde residen nuestros más leales partidarios. Ivanovitch...
- REINA Muerto.
- ROSÉN Gregoroff...
- REINA Muerto.

- ROSÉN Santa-Croce...  
REINA Muerto.  
ROSÉN ¡Los mejores! (Con tristeza, cambiando de tono.) Pero esos bravos han dejado hijos, y ellos se encargarán, Señora, de colocar al vuestro sobre el trono.
- R. PAL. (Con amargura.) Esa esperanza te queda, Federica. Tú eres madre, mientras que yo...
- REINA ¡María!  
R. PAL. Ni madre, ni reina... ni mujer siquiera. ¡Todo ha concluido!
- REINA Pero, ¿y tu marido, modelo de esposos?  
R. PAL. ¡Ah, tú no sabes lo que es el destierro! ¡Tú no sabes lo que es París!
- REY (Volviendo del balcón con Axel y Herbert.) Este París es prodigioso. El aire no es el mismo que en todas partes, diríase que se sube á la cabeza, que embriaga.
- AXEL ¡Ya, ya! Yo no he desempalmado aún...  
REY Esas calles, esas muchedumbres de gente me atraen, ¡oh!, poderosamente. Hace ocho años no pude ver nada de eso sino desde mis balcones ó á través de los cristales de las carrozas de gala... Pero hoy, ¡qué diablo!, hoy quiero representar mi papel de simple particular como todo el mundo y mezclarme un poco á la comedia.
- AXEL ¿Queda, pues, mi proposición aceptada?  
REY ¿Cómo no, Axel? Pero, aguardad; creo que el Duque se marcha.
- ROSÉN (Al Rey.) Pido licencia á Vuestra Majestad para retirarme.
- REY Concedida, Duque; pero retengo á Herbert. (A Colette, que se levanta para retirarse igualmente.) ¿No me guardareis rencor, princesa, porque el príncipe se quede conmigo? Desde este momento su servicio comienza.
- COL. (Haciendo una reverencia.) Todos nuestros instantes son de Vuestras Majestades. (Aparte.) ¿Alguna conjuración, sin duda? Yo tomaré parte en ella.
- ROSÉN Yo os acompañaré, Colette.  
REINA Hasta mañana, princesa. (Vanse Rosén y Colette. La Reina y la reina de Palermo se levantan.)

- REY ¡Tan pronto, prima!  
R. PAL. Voy á acompañar á Federica.  
REY (A la Reina, sorprendido.) Pero, ¿vais á salir?  
REINA Sí, Majestad... con Guillermo... y esos señores... (Señalando al Padre Anselmo y Méraut, que entran. El joven príncipe, con aire muy grave, viene con ellos.)  
REY (Yendo hacia ellos.) ¡Oh, el Padre Anselmo!  
REINA (Presentándolo.) Y el señor Méraut, encargado de la educación del príncipe.  
REY ¡Ah, el señor es la persona... Tengo, caballero, una verdadera satisfacción en que hayais merecido la aprobación de la Reina. Los antecedentes que de usted conozco no pueden seros más honrosos. Y vos, Guillermo, ¿habéis contraído ya amistad con vuestro profesor?  
GUIL. Sí, Majestad.  
REY (A Méraut.) ¿Y dónde lo llevais?  
REINA (Cogiendo de la mano á Guillermo.) A orar, señor... (La Reina, la reina de Palermo, Méraut, el Padre Anselmo y Guillermo salen por la puerta de las habitaciones de la Reina. El Rey queda con Axel y Herbert.)  
REY (Después de un instante de reflexión y volviéndose alegremente hacia ellos.) ¡A orar! ¡Bah!  
AXEL Y nosotros, ¿dónde vamos?  
REY ¡Ni que decir tiene! ¡Al baile de Mabille! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO

---

### EL HOTEL DE LOS REYES DE DALMACIA en Saint-Mandé (alrededores de París)

Un salón, gran estilo, suntuosamente amueblado. Galería en el fondo orlada de plantas de salón. A la derecha, en segundo término, un pedestal sostiene la corona encerrada en una urna de cristal. A la izquierda, gran balaustrada de piedra. Puertas laterales en primer término. A la izquierda, una mesa de despacho, pequeña, con libros, mapas, albums, etc.

### ESCENA PRIMERA

La REINA sentada en actitud de honda preocupación, junto á la mesa, viendo aparecer á ROSÉN por una de las puertas laterales, con aire de precipitación

REINA (Aparte.) ¡Hé ahí Rosén! ¡Es preciso que se explique. (En voz alta, imperiosamente.) ¡Rosén! ¿Dónde vais? (Rosén, sorprendido, se detiene.) En busca de dinero, ¿no es eso?

ROSÉN (Confuso.) ¡Señoral...

REINA Rosén, ¿de qué cajas extraeis esos fondos? ¡Oh, nada de rodeos, os lo ruego! Lo sé todo, os digo que todo. Este hotel, que yo creía alquilado, lo habeis comprado para nosotros. Ha costado un millón, todo lo que poseíamos. ¿De qué vivimos, pues, desde entonces? ¿De dónde sale el lujo que nos rodea, el tren de nuestra casa, la caballeriza, la servidumbre, mis trajes, duque, las cari-

dades mismas que yo hago? ¡Oh, hablad, os lo ordeno! La ignorancia en que me dejais es indigna. Hasta los mendigos tienen derecho á rechazar de ciertas manos...

ROSÉN (Con altanería.) Pero de las mías, Señora...

REINA (Con estupefacción.) ¡Ah, sois vos!

ROSÉN Sí. Y como he ganado mi fortuna en la guerra... luchando con el enemigo, mi fortuna es del rey. ¿Qué hago con eso, sino devolver á Su Majestad lo que le pertenece?

REINA (Violentemente.) Duque, el Rey no retira lo que una vez ha dado. Ni se sostiene tampoco á la Reina como á una bailarina... (reprimiendo un sollozo.)

ROSÉN ¡Desgraciado! ¡He hecho llorar á mi Reina! ¡Perdón, Señora!

REINA (Con más dulzura.) Yo os invito á que desde este instante establezcáis un estado completo de lo que se os adeuda, Rosén. El Rey lo liquidará inmediatamente que pueda. Y en cuanto al porvenir, se venderán las cuadras, se reducirá el personal, cambiaremos de residencia, si es preciso. Estad seguro de que haremos cuanto sea necesario para que nuestros gastos guarden proporción exacta con nuestras rentas. ¡Todo, menos vivir como vivimos!

ROSÉN ¡Vuestras rentas! ¡Esas rentas no alcanzan siquiera, Señora, á cubrir los gastos de bolsillo de Su Majestad!

REINA El Rey los suprimirá.

ROSÉN (sin poderse ya contener.) Escuchad, Señora, y perdonadme: no puedo continuar callado. Lo que os proponéis es imposible; porque no es posible, no, que os condeneis vos misma á esa lucha desesperada, á esas humillaciones. ¡Una almoneda de la casa real de Dalmacia! ¡Una venta de caballos y de trenes! ¡Vuestra Majestad no se ha dignado fijarse en ello! Eso es peor que la derrota, peor que la decapitación misma... ¡Eso es el anuncio público de la ruina, la bancarrota, en una palabra!

REINA Lo que ocurre actualmente es más escanda \_

loso aún. Haceis del Rey un simple parásito...

ROSÉN

Pero, ¿quién está en antecedentes de lo que pasa? ¿Quién puede sospecharlo siquiera? ¿Quién llegaría en último caso á darle crédito, aun siendo del dominio público? ¡Cómolo! ¡Ese viejo avaro de Rosén, de quien se cuentan tantos rasgos de sordidez... y que después de todo... desprecia todo eso... Pero, ¿á quién podría ocurrírsele semejante cosa? Y además, Señora, yo soy viejo y no dispongo sino de ese pobre medio de sér útil á Vuestras Majestades. ¡Y Vuestra Majestad va á cercenármelo, á infringirme esa desgracia, á mí, al viejo Rosén! Pero, ¿qué es lo que yo he hecho para eso?

REINA

(Enternecida.) Sois tan bueno como bravo, duque... pero vuestro ofrecimiento es innecesario en suma. Se puede vivir en la pobreza... Un rey no pierde nada con ello. El destierro debe contentarse con poco.

ROSÉN

¡Ah, Majestad, todo lo contrario! En sitio alguno como en el destierro tiene necesidad la realeza de todo su prestigio, tanto que si se me hubiera escuchado, no sería seguramente aquí, en este barrio de plebeyos, donde Sus Majestades se habrían instalado. Yo hubiera querido ver á Vuestras Majestades brillando en un palacio en pleno París, porque lo que los reyes desposeídos deben temer más, creedme, Señora, es su entrada en filas, las familiaridades de la vida común, los codazos de la calle. Y mil veces desgraciados si llegan á habituarse á ello, si la indiferencia se apodera de sus corazones, porque entonces, entonces es cuando el destronamiento verdaderamente comienza y cuando la corona puede darse por perdida. Sé muy bien que algunos me encuentran ridículo á causa de mi rigorismo, de mi respeto á la etiqueta. Son, dicen, cosas pueriles, pasadas de moda. Pues bien, no. No, señora. La etiqueta, llegaré á decir que la rigidez misma, son como la higiene y la

- salud del destierro, porque ayudan al sostenimiento de la majestad, de esa majestad que tan fácilmente disuelve el infortunio. La etiqueta, Señora, es la armadura de acero que sostiene al soldado de pie, hasta cuando está herido mortalmente,
- REINA (Muy agitada.) Basta, Rosén (Conteniéndose.) Pero no. Hay otra dignidad más alta. Lo que hace que un rey muera de pie no es su armadura... sino su alma... (Haciendo á Rosén un gesto para que se retire) Que mi voluntad se cumpla inmediatamente. (Vase Rosén. A la Marquesa de Silvis, que aparece con un saquito de bordar en la mano, acompañada de Colette.) ¿Y Su Alteza, Silvis?
- SILVIS En este instante ha concluido sus clases y está en el jardín, Señora.
- REINA (Saliendo.) Vuelvo al instante. (La Marquesa de Silvis se sienta y saca sus avios de labores: Colette lee en voz alta á la Marquesa un periódico que llevaba en la mano.)
- COL. Oídlo de nuevo, á ver si son aprensiones mías, si la cosa no salta á la vista: (Leyendo.) «En la última sesión de la Academia todo París ha podido admirar en la tribuna inmediata á la en que brillaba discretamente la Reina de Dalmacia, tan noblemente hermosa, á una de nuestras más exquisitas mundanas, la condesa de Spalato, reina también, por la belleza...» ¡Reina también! ¡La cosa es clara! ¡Luego esos dos nombres colocados el uno junto al otro! Y á esta impudencia sigue una serie de detalles sobre el magnífico hotel que la tal condesa acaba de comprar... ó que le acaban de comprar... un cuento de hadas... verdadero obsequio de un amante regio... (A Mikaila que pasa por el fondo.) ¿Ha venido el príncipe de Rosén, Mikaila?
- MIK. No lo he visto, Señora.
- COL. ¡Otra noche más pasada entera al servicio de Su Majestad en el hotel Spalato, sin duda! ¿Y mi enfermito va mejor?
- MIK. No ha cesado un solo instante de toser, señora.

- COL. (Sentándose en un diván.) Vais á darle una taza de leche aromatizada, bien caliente, y volveréis en seguida para ponerle este trajecito que le estoy concluyendo. (Mostrando una faldita encarnada en la cual se pone á trabajar.) ¡Tesoro mío! ¡El solo amor que me queda en el mundo!
- SILVIS No sabía que tuviérais descendencia...
- COL. No se trata de un niño, marquesa, sino de un mico, de un adorable *macaco*... ¡Pero tan delicado!
- SILVIS ¿De la misma raza que los del Rey?
- COL. (Con viveza.) Sí, muy semejante; pero el mío es del Jardín de Aclimación... hace tres meses... (Aparte.) ¡Tres meses!
- SILVIS (En voz baja.) ¿No teméis, princesa, que tengamos en casa otro enfermo, pero ese verdaderamente digno de consideración por su carácter sagrado... y quizás herido de muerte?
- COL. ¿Su Alteza?
- SILVIS Ciertó que siempre se ha criado endeblito y algo enfermizo. ¡Pero lo que es desde que hemos llegado á París! Esta mañana sus manos abrasaban materialmente. Ese profesor lo hace estudiar demasiado, os lo aseguro; no hay quien me quite eso de la cabeza; ¿es que los príncipes tienen necesidad de tantas matemáticas? (La Reina entra.)

## ESCENA II

LAS MISMAS, LA REINA. Después el REY y ROSEN

- REINA Princesa, servíos decir al señor Méraut que el Rey está de regreso. Y vos, Silvis, acompañad en el jardín á Su Alteza. (Salen Silvis y Colette. El Rey aparece en la galería con Rosén.)
- REY (Alargando un puñado de billetes á Rosén.) Recoged los recibos de esos bergantes y que no se les vuelva á ver por aquí nunca. ¿Ha vuelto Lebeau?
- ROSÉN Que yo sepa, no, Señor. (vase.)

- REINA (Aparte.) ¡El Rey paga! ¿De dónde le viene ese dinero? (Se dirige hacia el Rey, que se detiene contemplándola.)
- REY ¿Estáis enferma, Federica?
- REINA Por el contrario...
- REY (Insistiendo.) Perdonad, pero vuestra cara... ¡Y Guillermo también!... Esta mañana el médico, á vuelta de una porción de rodeos, ha concluido por alarmarme. Velad por él, os lo ruego. (Se dirige hacia una de las puertas laterales de la derecha.)
- REINA (Señalando á Méraut, que entra con un paquete de papeles en la mano.) Señor, yo había enviado aviso al señor Méraut de vuestra llegada...
- REY (Después de una corta vacilación y haciendo un gesto de fatiga.) Excusadme, Federica. No me siento hoy capaz de ningún trabajo. (Vase. La Reina se deja caer sobre un sillón, como rendida de cansancio. Méraut, inmóvil, la contempla con un respeto doloroso.)

### ESCENA III

LA REINA, MERAUT; luego el PADRE ANSELMO y ROSEN

- REINA Acercaos, Méraut. ¿Estáis hoy satisfecho de vuestro discípulo?
- MÉRAUT No debo por ahora quejarme. El príncipe es débil, pero con el tiempo...
- REINA ¿Traéis esos despachos? Leedlos.
- MÉRAUT (Recorriéndolos.) De la Cámara departamental de Kiew... que nos ayudará secretamente. La Confederación del Danubio promete su neutralidad. El marqués de Hanska, vacilante hasta ahora, acepta por fin el mando de la expedición. Es una gran fuerza que se nos agrega.
- REINA Es un honor y una victoria que os corresponden. ¿Hay noticias del Padre Anselmo?
- MÉRAUT (Volviéndose para mostrar al Padre Anselmo, que entra.) Precisamente aquí lo tenéis, Señora.
- REINA ¡Padre! ¿Y mi Dalmacia? ¿Qué impresiones traéis de mi querido reino?

- P. ANS. Está aguardándoos, Señora. Nuestros manifiestos han suscitado en las campiñas una emoción inmensa, y traigo aquí, como testimonio de ello, una carta de adhesión con más de veinte mil firmas. (Alarga á la Reina un cuaderno que ella ojea febrilmente.)
- REINA Sí, todos, casi todos, nombres vulgares y cruces en casi todos, reemplazando las firmas...
- MÉRAUT ¡Juana de Arco firmaba así, Señora, con una cruz, y su cruz salvó á Francia!
- REINA (Con emoción.) ¡Oh, creed que estos garabatos de los campesinos dálmatas valen para mí lo que las firmas de los soberanos! (A Rosén, que entra.) ¡Mirad, Rosén! (Alargándole al duque el mensaje.)
- ROSÉN (Con mal humor.) El pueblo... la plebe...
- MÉRAUT Siempre con vuestras desconfianzas, señor duque.
- REINA Cierto que hacemos un llamamiento al pueblo, Rosén; pero sin desconocer por eso los méritos de nuestra nobleza, de la que sois el jefe venerado...
- ROSÉN Venerado... sí... como los santos de palo...
- REINA (Sonriendo.) ¡Mi buen Rosén! (Al Padre Anselmo.) ¿Creéis, pues, que haya llegado la hora?
- P. ANS. Que el Rey se muestre solamente, Señora: ya vereis...
- REINA (Con amargura.) ¡Oh, sí, el Rey!
- MÉRAUT Este es, en mi sentir, este y no otro el momento crítico de reunir á todos los nobles deportados y á los jefes de la expedición. Y como debemos proceder con la mayor cautela...
- REINA ¿Qué es lo que proponéis?
- MÉRAUT Que la reunión tenga lugar en casa del señor duque de Rosén. El señor duque tiene la intención, según mis noticias, de ofrecer un baile á VV. MM.
- REINA ¡Un baile!
- ROSÉN Para celebrar el aniversario de vuestra coronación, Señora.
- MÉRAUT Y ese es el momento de reunir todas nuestras fuerzas.

REINA (Después de una pausa.) Acepto, duque.  
RO-EN Os doy las gracias, Señora.  
REINA En cuanto á la expedición, contaremos con los fondos necesarios. Un instante, Méraut. (Llevándolo aparte y hablándole en voz baja.) Necesito para dentro de una hora unas tenazas y un martillo. Inútil, ¿verdad? encargarle la mayor reserva. (En voz alta.) Padre Anselmo, haréis decir esta noche á Su Alteza la oración de los reyes en nuestra capilla, en acción de gracias por las buenas nuevas de que sois portador. Hasta luego, señores. (Vase.)

## ESCENA IV

MÉRAUT, el PADRE ANSELMO y ROSEN

MÉRAUT (Aparte.) ¿Qué significa ese encargo de la Reina?

P. ANS. (A Rosen.) ¡La Reina cuenta con fondos!  
ROSEN Y eso me llena de inquietud, padre. Pero puesto que aquí sois tan escuchado, haced de manera, os lo ruego, de evitarme la afrenta de que se dirijan, para obtenerlos, á los cofres de ningún judío. Porque, debo deciroslo, yo tengo seis millones que duermen en el fondo de un arcón del Banco: esos millones son del Rey: toda mi fortuna le pertenece. Mi hijo tomará parte en la expedición, y no sería ¡voto á Sanes! verdadero hijo mío, si no supiera tomar el desquite de nuestra fortuna sobre los traidores.

P. ANS. Duque, ¿y el Rey? ¡Sumido de nuevo en la iniquidad de sus desaciertos! ¿Pero cómo se arregla para hacerse de dinero con que alimentar sus vicios?

ROSEN ¡Ah, eso no, padre Anselmo! ¡Estais hablando de Su Majestad!

P. ANS. Este hábito que llevo me da derecho á emplear ese lenguaje

RO-EN (Gruñendo.) Hacéis bien en no quitároslo porque si no...

- MÉRAUT (Interviniendo: al padre Anselmo,) Y desde hace algún tiempo el Rey está triste, enfermo...
- P. ANS. (Amargamente.) Sí; pero del corazón no será seguramente. ¿Por qué Dios, en sus misteriosos designios, encarnará su derecho en hombres como ese? ¡Vamos, un paso más, otra tentativa aún, y sepamos de una vez si queda bastante urdimbre en ese trapo para hacer de él una bandera!... ¿Venís? (Sale con Méraut.)

## ESCENA V

ROSEN, después HERBERT

- ROSEN (Viéndolos alejarse.) ¡Esos monjes, en el fondo, todos anarquistas!... ¡Ah, sois vos, Herbert! ¡Muy tarde venís á recibir las órdenes del Rey!
- HERB. No por culpa mía; Su Majestad...
- ROSEN Está bien: ¿os pido yo cuenta acaso? Pero Colette se me ha quejado de que desde hace cuatro días no consigues veros. Voy á decirle que estais aquí. (Sale.)
- HERB. (Viéndolo alejarse.) ¡Qué gran sensibilidad bajo esa corteza rugosa! Y en el fondo tiene razón. El servicio del Rey me absorbe demasiado tiempo; Colette va á concluir por mirarme con indiferencia...

## ESCENA VI

HERBERT, COLETTE, con aire de mal humor

- COL. ¡Ah, sois vos al fin, caballero! ¿Es así como cumplís vuestras promesas, el juramento que me hicisteis de contármelo todo, en justa correspondencia de las bondades que se os dispensan?
- HERB. Pero, ¿es que yo no te lo cuento todo, comenzando porque te adoro?
- COL. Sí... Y que el Rey no tiene querida... Que

Hortensia Gérard no ha durado sino lo que duran las rosas, según vuestro lenguaje que haría sonrojar á un mono... Y yo he sido tan tonta, pero tan tonta de capirote, que os he creído, como si entre vosotros los hombres no existiera... el secreto profesional. ¡Claro! Vos ocultais sus desbordamientos para que él á su vez oculte los vuestros...

HERB.

¡Yo te juro!...

COL.

¿Conocéis el hotel Spalato, caballero?

HERB.

(Con sorpresa.) ¡Colettel... ¿quién te ha dicho?...

COL.

(Arrojándole el periódico.) ¡Este papel! ¡Pero si no falta más sino que lo publiquen en la sección de anuncios! (Herbert recorre con la vista el periódico.) ¡Vamos! Continuad negando todavía! ¡Ah, si yo fuera la Reina! Pero, ¿qué clase de sangre lleva esa mujer por las venas para no tirarlo todo por la ventana?

HERB.

(Con dulzura.) ¡Oh, Colette; no debe hablarse así de Su Majestad!

COL.

Sí, ya sé... sois idéntico á vuestro padre... en cuanto se trata de Sus Majestades... (Aproximándose á su marido con aire de amenaza.) ¿Quién es esa condesa?

HERB.

(En voz baja) La mujer de Tom Levis. El Rey apostó que la plaza no resistiría un mes siquiera... ya me entiendes...

COL.

¿Y no es sino una apuesta?

HERB.

Que ella le ha hecho perder...

COL.

Pues entonces...

HERB.

Pero él está locamente enamorado. Enamorado hasta el punto de inspirarme compasión.

COL.

Pero si el Rey no tiene nada que ver con ella, ¿qué significa ese hotel que le ha regalado?

HERB.

Verás: el marido, ese Tom Levis de que te he hablado y que, entre paréntesis, es un verdadero imbécil, comenzó por mostrarse celoso de su mujer, y concluyó por abandonarla, proporcionando, naturalmente, con ello al Rey, el placer de recoger á la abandonada... Solo que—aquí entre nosotros—no está por eso más adelantado el Rey hoy que el primer día.

- COL. (Incrédula.) ¿De verdad?
- HERB. Te juro que el Rey no ha ganado tanto así de terreno (Marcando con el dedo.) cerca de la condesa, y eso que para mejor demostrarle su cariño y en prenda de fidelidad le envié á la señorita Hortensia... su monito correspondiente.
- COL. (Con vivacidad.) ¿Un monito? ¿qué quiere decir eso?
- HERB. (Riendo.) ¡Ah! ¿No te lo había contado? Cuando el Rey quiere romper con una mujer, le envía uno de los monos de su colección, ya sabes. Y en el Club ya no se dice tronar con una mujer, sino enviarle el monito. (Colette cae sofocada sobre un sillón.) Pero ¿qué te pasa? ¿Qué es eso?
- COL. (Revolviéndose furiosa contra él.) ¿Que qué es esto? Esto es que me inspiráis horror con vuestras historias... el Rey... vos... todos los hombres. Alejaos de mi vista. ¿Que no? (Levantándose.) Pues bien, yo seré quien se vaya para no volver á veros nunca.
- HERB. (Calmandola al mismo tiempo que va de espaldas hacia la puerta.) ¡Bueno, mujer, bueno. ¡Qué genio! Hasta luego; quedas complacida. (Aparte.) ¡Es tan encantadora!
- COL. (Prorrumpiendo en sollozos.) ¡Qué desgraciada, qué desgraciada soy! (Entra Mikaila.) ¿Qué es eso? ¿A quién busca usted?
- MIK. Soy yo, señora princesa, que vengo por el trajecito para...
- COL. (Asperamente.) ¡Ah, sí, es cierto! ¿Y cómo va el monito?
- MIK. Sobre poco más ó menos...
- COL. ¡Pues bien, (Arrojándole el traje.) amarradle eso al cuello como si fuera una cuerda, atadle una piedra y al estanque con ello! ¡Que yo no vea más ese horrible animalucho! (Mikaila se retira estupefacta. La Reina reaparece por la izquierda.) ¡La Reina! ¡Si notara que he llorado! (Finge estar absorta en la lectura de un periódico y no darse cuenta de la llegada de la Reina, que se aproxima lentamente.)

## ESCENA VII

COLETTE, la REINA

COL.

(Volviéndose de pronto, como sorprendida.) ¡Oh, que Vuestra Majestad me dispense si no la he visto! ¡Estaba tan absorta en la lectura!... La sesión de ayer en la Academia. (La Reina se sienta, sin responder.) *El Figaro* se ocupa de esa persona de que tanto se habla... la condesa de Spalato. (Aparte.) Su cara no expresa nada. (Alto.) Nobleza extranjera, á juzgar por el título. (La Reina continúa impassible.) La tal condesa escoge muy mal sus caballeros, por lo que se ve. Estaba acompañada por el príncipe de Axel, un hombre cuya vida se pasa en las salas de juego y en los gabinetes de la galantería fácil, que no halla diversión sino en el trato de las más viles criaturas, y que experimenta yo no sé qué suerte de placer depravado, él, príncipe heredero, en arrastrar por el fango de todos los boulevares el manto de su majestad futura. (La Reina se incorpora vivamente, pero coge un libro y finge abismarse en su lectura. Colette aparte.) Aguarda un poco, majestad de mármol. (Alto.) Por lo demás, el tal príncipe tiene á quién parecerse: el Rey, su tío, es por el estilo. ¡Un soberano que hace ostentación de sus mancebas ante su propia corte, ante su esposa misma... Pero también, ¿qué especie de mujer es esa, que acepta tamaños ultrajes, con esa resignación de esclava sacrificada?

REINA

(Indignada, se levanta.) Esa mujer, valiéndome de vuestros propios términos, esa mujer de quien habláis, es una Reina. ¿Cómo os atreveis á juzgarla? ¿Sabeis, pues, lo que es una Reina? ¿Creeis que deba abandonar el domicilio conyugal al menor ultraje que el Rey pueda inferirle? ¿Que deba entablar con él un proceso de divorcio, dejando que los enemigos del trono hagan presa en sus dolores

de madre, en sus pudores de esposa? ¡No! A riesgo de parecer ciega y sorda, de parecer indiferente y cruel, es preciso conservar la cabeza erguida para que la corona no se desprenda. No es orgullo, no; es el justo sentimiento de nuestra grandeza; el sentimiento que nos hace soportable este cielo color de lodo del destierro, y que nos presta la energía necesaria para resistir ciertas afrentas, de las que vos deberíais ser la última en hablarme, princesa de Rosén.

COL.

¡Señora! (Cayendo de rodillas, sofocada por las lágrimas.) He sido bien culpable, he obrado como una loca, sin saber lo que decía. ¡Perdonadme!

REINA

Alguien viene. Levantaos.

COL.

(Con humildad.) ¿La Reina me ha perdonado?

REINA

¿Os he dicho, por ventura, que me hayais ofendido? (Vase Colette. Méraut aparece por el fondo. Comienza á anochecer.)

## ESCENA VIII

LA REINA, MÉRAUT

REINA

(Yendo hacia Méraut.) ¿Sois vos, Méraut?

MÉRAUT

Soy yo, Señora.

REINA

¿Habeis hecho mi encargo?

MÉRAUT

Aquí lo teneis. (Va a sacar los útiles encargados por la Reina. Esta lo detiene.)

REINA

Aguardad. (Atraviesa la escena y toca un timbre; Graeb aparece.) ¡Luces! (El criado va a retirarse. La Reina lo detiene.) No dejéis entrar á nadie; tengo que trabajar con el señor Méraut. (Vase Graeb. Hablando consigo misma.) En cuanto al Rey, no hay que temer su visita.

MÉRAUT

¿Cuál será su proyecto? Pero, ¿qué es esto? ¿Es la fiebre constante que me consume, ó bien estas herramientas de ladrón? ¡Tengo escalofríos...!

REINA

(Aproximándose á Méraut.) Mostradme eso. (Méraut le enseña unas tenazas.) Yo creo que bastará. (Se detiene, como absorta en ideas dolorosas, y suspira

- profundamente. Méraut la sigue con la vista apasionadamente.) Señor Méraut, tengo un servicio que demandaros
- MÉRAUT (Agitado.) ¿A mí, Señora?
- REINA (En voz baja.) ¿Conoceis en París... uno de esos sitios... en que se presta dinero... sobre alhajas?
- MÉRAUT (Con espanto.) ¿Un Monte de Piedad?
- REINA Creo que es eso.
- MÉRAUT Por mi mal, Señora, los conozco todos de mi época de juventud.
- REINA Y de pobreza también, lo sé, y por eso quería confiaros un objeto... para llevarlo á ese sitio.
- MÉRAUT (Aparte.) ¡Oh, piedad santa! ¡Miseria, que la acercas á mí, no me hagas olvidar que es una Reina! (En voz alta.) Contad conmigo, Señora. ¿De qué se trata?
- REINA (Yendo á la corona y retirándola de su urna de cristal.) De esto.
- MÉRAUT (Aterrado.) ¡La corona!
- REINA Las piedras nada más. (Considerándola.) Seiscientos años hace que pertenece á la casa de Dalmacia. No fué al principio sino un sencillo nimbo de oro que los siglos se encargaron de enriquecer después. Hoy volverá á su sencillez primitiva. (Depositando la corona sobre una mesita á la derecha.) Haced saltar algunas piedras... las más gordas... ésta, mirad...
- MÉRAUT (Cogiendo las tenazas y examinando la corona; luego, deteniéndose.) ¡Me parece que voy á cometer un crimen! (Comienza su trabajo y se detiene de nuevo para secarse la frente con un pañuelo.) No veo bien...
- REINA (Yendo por uno de los candelabros y aproximándose á Méraut.) Yo os alumbraré.
- MÉRAUT (Volviendo á la obra.) ¡Es difícil!
- REINA Lo sé: lo había ya intentado.
- MÉRAUT (Animándose, con rabia.) ¡Ah, corona de rey! ¿Quieres resistirme? ¡Tú olvidas que yo soy pueblo! (Lanzando un grilo.) ¡Ah!
- REINA ¿Qué es eso?
- MÉRAUT Acabo de partir una piedra. Mirad. ¿Es que los diamantes se rompen ahora?

- REINA (Inclinándose para ver.) Pero ¿qué estáis diciendo?
- MÉRAUT (Examinando á su vez.) ¿Dios mío, es que estas piedras...?
- REINA ¿Qué os atreveis á sospechar? (Examinándolas de más cerca: luego con horror.) Sí, son falsas. ¡Todo es falso!
- MÉRAUT (Sin poderse dar cuenta de nada.) ¿Hay, pues, un malhechor en esta casa?
- REINA (Cogiéndole una mano horrorizada.) ¡Silencio, desgraciado!
- MÉRAUT ¡Oh, Señora!
- REINA (Con lentitud.) ¿Habéis comprendido al fin por qué os he dicho silencio?
- MÉRAUT ¡Oh! (Aparte.) ¡Es el Rey! (Llaman en la puerta del fondo.)
- REINA (Desolada.) ¡Están llamando! Poned eso en su sitio... y abrid. (Cae como desplomada sobre un sillón. Méraut coloca la corona en su urna y abre.)

## ESCENA IX

LA REINA, MÉRAUT, BOSCOVICH que entra precipitadamente con un rollo de papeles en la mano, después el REY y LEBEAU

- BOS. ¿No está aquí tampoco el Rey?
- MÉRAUT ¿Qué ocurre, señor consejero? Me parece que estais temblando...
- BOS. (Mostrando unos papeles.) Traía estos documentos á la firma de Su Majestad. (Vase hacia la derecha y se vuelve de pronto.) No, no puedo, no debo callar. ¡Señor Méraut, es preciso evitarlo á todo trance!
- MÉRAUT ¡No comprendo! ¿Evitar qué?
- BOS. ¡Esta cartulina es el acta de renuncia de Su Majestad!
- MÉRAUT ¡Cielos!
- BOS. El Rey está aguardándome y va á firmarla, señor Méraut. ¡Por cuanto améis en el mundo, prevenid á la Reina! ¡Yo no tengo más remedio que obedecer! (Sale por la derecha. Méraut va hacia la Reina.)

- REINA (Con voz sorda.) ¡Lo he oído todo! (Se levanta y va rápidamente hacia la puerta que conduce á las habitaciones del Rey: de pronto se detiene.) ¡Oíd! (Se oye la voz del Rey. Una pequeña pausa. El Rey aparece con Boscovich, seguidos de Lebeau. La Reina y Méraut se internan en un rincón del fondo.)
- REY (Nervioso.) Está bien, Boscovich, guardad eso, ya veré... reflexionaré...
- LEB. Señor, ¿y qué diré entonces á ese judío?
- REY Entretenlo un poco...
- LEB. Pero es que no aguardará más. (Bajando la voz.) Me ha amenazado con el embargo...
- REY ¿Dónde?
- LEB. Aquí y allí. El hotel Spalato y el palacio real.
- REY (Espantado.) ¡Los alguaciles aquí, en esta casa! (Cediendo á un movimiento de desesperación.) Dadme ese acta, Boscovich...
- BOS. (Temblando) ¡señor! ¡En nombre de Dalmacia...
- REY (Sombrio, arrancándole el documento de la mano.) ¡Es preciso! (Coge una pluma y se detiene.) ¡Es extraño lo que me pesa esta pluma! ¡Valor! (Firma el documento. La Reina ha llegado hasta el Rey lentamente para apoderarse del escrito.)
- LEB. ¡La Reina, señor! (El Rey se vuelve rápidamente y pone la mano sobre el documento como para defenderlo.)
- REINA (Lanzando una terrible mirada de desprecio á Lebeau.) Tengo que hablar contigo á solas, Cristián. (El Rey hace un gesto á los tres hombres que se retiran.)

## ESCENA X

EL REY y LA REINA

- REY Tomad asiento, os lo ruego.
- REINA ¡Oh, tregua á esas cortesías que no son á la hora actual sino burlas sangrientas! Yo sé lo que acabas de firmar y la infamia que oculta ese papel que escondes con tu mano...
- REY ¡Señora!

REINA

Oyeme al fin. Ya no puedo más, ya no tengo palabras con qué expresarte lo que me has hecho sufrir desde que soy tu mujer. Y, sin embargo, tú no te has dado cuenta de ello, porque no me he quejado sino una vez, una sola, la primera, todavía de recién casados, recuérdalo. Después, cuando llegué á apercibirme de que ya no me amabas, te dejé hacer, siempre en silencio. Sí, yo callaba, y, sin embargo, continuaba amándote, porque, á lo menos, en las horas de peligro, bajo las balas, sabías levantar la cabeza y el honor del nombre quedaba á salvo.

REY

REINA

¡Federica!

Déjame concluir. En París eso ha sido peor. Has corrido del vicio á la locura, has hecho de mí una mártir á fuerza de humillaciones y vergüenzas. ¿Crees que yo no lo sé todo? Me has engañado en mi misma casa; has establecido el adulterio en tu propio hogar, haciéndolo que se frotara conmigo, sentándolo á mi mesa. Y yo continuaba callada. Has traficado con el sello real, has vendido cruces y títulos como viles mercancías, y yo no te he dicho una palabra. Has robado, sí, robado tu corona, y quizás un día de estos vea yo sus piedras sacrosantas en una fiesta mundana sobre la carne venal de esa innoble criatura, á quien has hecho condesa... Y todavía estaba decidida á callarme, porque tú eras el Rey, porque yo continuaba respetando en tí ese dictado, aun cuando la función hubiera cesado de existir; porque también—¿quién sabe?—y gracias al vínculo vivo que existe entre nosotros, ese hijo que te debo, un resto oscuro de amor se retorció sollozando en el fondo de mi pecho... Pero ahora... ahora tu locura rebasa la medida. Ahora ya no vendes, sino que te vendes. (Gesto de indignación en el Rey. La Reina sigue, como si no lo hubiera notado.) Y esa corona, que me ha costado tantas amarguras, y por la que llevo soportadas tantas afrentas, quieres trocarla mercachiflemente en un puñado de

millones, privando de ella á nuestro hijo. Pues bien: no, no; y antes de disputarte ese acta de ignominia, tengo necesidad de decirte que esto ha concluido, Cristián, que todo ha concluido entre nosotros, y arrancarme del alma este pedazo de amor que me quedaba y arrojártelo a la cara...

REY

(Coléricamente.) ¡Federal! (Dominándase después de una pausa.) Y en primer término, señora, yo no he regalado esos diamantes: los he vendido. No debe la cosa ser tan disparatada cuando, á juzgar por nuestras propias palabras, sospecho vehementemente que se os ha ocurrido también, que por esta vez hemos coincidido en ideas. (Movimiento de la Reina.) ¡Por Dios, señora! ¿Para qué defenderse? ¿Quién, por fuerte que sea, no estaría al fin harto de la vida de expedientes que llevamos? ¿No os he visto yo mismo hace un instante tras de esa cortina escuchando las reclamaciones exasperadas que formulaban á Rosén media docena de acreedores? ¿Y qué es lo que se les debía á esos hombres, después de todo? Un puñado de miserables luises, que yo he podido satisfacer, porque... gané anoche en el juego... ¡Pero si hubiera perdido!... Tal es la situación. Vuestra servidumbre reclama sus gajes, Silvis se adereza con vuestros trajes usados, el preceptor del príncipe no cobra hace seis meses, y mi consejero pide prestado á mi ayuda de cámara. ¡Ah! Yo estoy al corriente de todo. ¿Creeis que esto pueda durar así indefinidamente? Porque entonces si que podríais asistir á la venta de vuestra diadema en medio de la calle, entre un montón de cachivaches viejos, por las manos sucias de un trapero. (Riendo.)

REINA

REY

¡Y se atreve á reír!

Sí, me río; y convenid conmigo en que hay de qué, porque esto es una opereta, y no otra cosa. ¡Qué triste figura hacemos los soberanos *in partibus* colocando nuestras coronas en todas partes, sobre las puertecillas de nuestros coches, en los gemelos de la camisa,

mientras que el manto de la coronación se deshilacha una cuarta más todos los días rodando por esas calles. Mi primo el rey de Westfalia se divierte en coleccionar sellos de correos, mientras que vuestros parientes los reyes de Palermo os reciben en una habitación en la que no puede uno moverse y que apesta además á aceite frito, porque tiene la cocina enfrente. ¿Qué más? ¿No se ha visto el otro día á un príncipe de la sangre, á un verdadero príncipe de la sangre, correr tras un tranvía, mientras que el conductor le gritaba: «¡Eh, buen hombre! ¿Pero está usted ciego, para no ver que está completo?» ¡Ah, sí, completo, ya no queda sitio para nosotros, el mundo marcha, rueda, *completo*, mientras que nosotros quedamos fuera, y que para los transeuntes que van á sus asuntos yo no soy ya Su Majestad Cristián II, rey de Dalmacia y de Iliria, sino el señor Cristián... el señor Cristián Equis, porque un rey destronado no tiene nombre siquiera. (Pausa. La Reina inclina la cabeza. El Rey continúa.) Por eso, para salir de esta situación ridícula, he creído con alma y conciencia deber aceptar la restitución de nuestros bienes que nos ofrece la Dieta de Dalmacia, y que, al menos, nos aseguraría una existencia digna...

REINA

(Levantándose indignada.) Pero había otro medio de salir de la situación en que nos encontramos, y te has guardado bien de elegirlo, porque ese medio reclamaba bravura y sacrificio de tu parte; tú no ignorabas que desde hace cuatro meses preparamos una expedición, una aventura si quieres, de todos modos una liberación, en la que, por lo menos, podías encontrar la de la muerte. Todo estaba dispuesto, preparado, sólo faltaba, para ultimar ciertos extremos, un poco de dinero, que yo pensaba obtener por medio de los diamantes de la corona. Tú lo sabías, no digas que no; como sabías también que tenías que elegir entre la batalla y la orgía, entre la crapula y los combates; y, claro, puesto á ele-



gir, has optado por el partido menos heroico, por los millones que te ofrece la revolución dalmata á cambio de tu corona.

REY Yo sabía, en efecto, que entre vos, vuestro capellán y ese gascón á quien habeis encargado de la educación del príncipe, preparabais algo. Y si no he intervenido en el asunto más directamente, no es porque tuviese miedo, hacedme la gracia de creerlo, señora, sino por mi convencimiento formal de que toda restauración es imposible; de que estamos vencidos, inapelablemente vencidos..

REINA ¿Y tú te rindes? ¡Está bien! Sea. Que estés harto de esta vida, que te vayas, que desertes, lo creo—¿no iba á creerlo?—y consiento en ello. Renuncia á tu corona y reniega de tu espada. Pero... ¿y tu hijo? Y si tu hijo no renuncia ni á la una ni á la otra, ¿con qué derecho lo privarías tú? ¡Ah, abdica si quieres, pero no comprometas á nadie en tu caída; deshónrate solo!

REY ¡Palabras, palabras! ¿Qué es lo que pedís para ese pobre niño enfermo, al que estais atormentando con el peso de yo no sé que suerte de deberes imaginarios?—¿Una corona?—¡Dadle mejor un aro para que juegue en su jardín!

REINA (Desesperada.) ¡Santa Madre de los Angeles, venid en mi ayuda! (Se oyen las campanas de la capilla: la Reina se extremece.) ¡La oración! (Vuélvese hacia el fondo. El Rey recoge el acta y la guarda en el bolsillo. Aparecen en el fondo, atravesando la galería, el Padre Anselmo, Guillermo y Méraut.) ¡Guillermol! ¡Guillermol... Venid!

REY Señora, me figuro que esta escena de exaltación ha durado ya demasiado y no creo que tengais la intención de prolongarla ante testigos.

REINA Cuando la vergüenza se hace pública, ¿qué importa eso, unos cuantos testigos de más ó de menos? Aproximaos, señores. ¡Y vos, hijo mío, de rodillas! Esta noche dirigireis vuestras oraciones á vuestro padre. (El niño se arrodilla.) ¡Vamos! Repetid conmigo: «Padre mío.»

- GUIL. Padre mío...
- REY ¡Pero esto es inconveniente, absurdo...!
- REINA Repetid, Guillermo: «Padre mío, Majestad, os lo ruego...»
- GUIL. Os lo ruego...
- REINA «No desposeais á vuestro hijo de la corona que guardais en depósito. Dios quiere que yo sea Rey, padre mío. Vos no podéis desheredarme sin faltar al Rey de Reyes que así lo tiene dispuesto.»
- REY ¡Basta! Ni una palabra más! Os repito por última vez que mi decisión es irrevocable.
- REINA ¡Irrevocable? ¡Ah, tú lo habrás querido! ¡Ven, Guillermo! (Coge al niño con una mano y abre el balcón con la otra; enderezándose.) ¡A Rey de opereta, Reina de tragedia! Si tú no quemas en este mismo instante ese acta, si no me juras por la cruz no volver á comenzar más... tu raza ha concluido. (Hace un movimiento como para lanzarse á la calle.)
- P. ANS. {
- MERAUT. { (Con horror.) ¡Señora! ¡Federica!
- REY {
- REINA { ¡Un instante más ya será tarde! Responde...
- REY { ¡Estais matando á vuestro hijo!
- REINA { (Cogiendo al niño en brazos.) ¡Sí, pero me lo llevo conmigo!
- REY (Vencido alargándole el acta.) ¡Oh, concluid! (La Reina recoge el acta y desciende del balcón.)
- REINA Dad las gracias á vuestro padre, hijo mío. (La Reina quema el acta en uno de los candelabros; el niño se arroja entre los brazos de su padre, que lo estrecha convulsivamente contra su pecho.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

# ACTO TERCERO

---

## EL HOTEL DE ROSÉN

Un salón de baile, gran estilo. En el fondo, puerta de dos hojas que abre sobre otros salones que se suceden; iluminación espléndida. Flores por todas partes. Puertas laterales y una pequeña, oculta bajo portiers, en el fondo; un guerdón de laca con recado de escribir en uno de los ángulos de la pieza.

### ESCENA PRIMERA

MÉRAUT, pensativo, sentado á la derecha. ROSÉN y COLETTE entran por una de las laterales y examinan los salones llenos de invitados. Música en sordina.

- ROSÉN (Vuelto hacia el baile.) ¡Bien, bien, bailad! ¡Ah, esa hermosa juventud! ¡Con qué altanería lanza á los peligros de mañana su brava sonrisa de desafío! (A Colette.) Princesa, aceptad mi brazo; que vuestros encantos atenuen la tristeza que inspira mi facha de cuervo viejo. Buenas noches, señor Méraut.
- MÉRAUT ¡Qué espléndida fiesta, señor duque! Os felicito por ello.
- ROSÉN ¡Qué diablo! ¡Se hace lo que se puede! Que la Reina quede satisfecha, y esa será para mí la más alta recompensa.
- MÉRAUT Señor duque: el Rey hará su presentación en vuestros salones á las doce, en compañía del marqués de Hanska.

- ROSÉN (Mostrando la puerta de la derecha.) Reuniremos ahí á los jefes...
- MÉRAUT El Rey les comunicará sus últimas instrucciones; en el caso de que muera ó sea hecho prisionero...
- ROSÉN ¡Dios nos preserve de semejante desgracia!
- MÉRAUT La Reina sería nombrada regente, y vos, señor de Rosén, presidente de su Consejo Supremo.
- ROSÉN (Admirado.) ¿Yo?
- MÉRAUT La Reina os lo ruega.
- ROSÉN Siempre había creído que la Reina designaría á otra persona...
- MÉRAUT (Sonriendo y con melancolía.) La persona á quien aludís está ¿quién sabe? más cerca de la muerte que lo estáis vos...
- ROSÉN ¡Dios no lo quiera, señor Méraut. Mi vida pertenece al Trono, hasta su último aliento; pero á mí es fácil reemplazarme, á vos no. A todo trance quería que llegara una ocasión de deciros esto, no fuera sino como desagravio á que alguna vez os he puesto mala cara. No llevaba razón. Vuestra mano, caballero.
- MÉRAUT Con toda mi alma. (Se estrechan la mano.) Vuestro hijo, en unión del general Tekeli y del Padre Anselmo, han debido llegar en la madrugada de ayer á Cète y á Gravosa á las dos de la tarde. Su Majestad, con los otros jefes de la expedición, se harán á la mar en Marsella... Las instrucciones refrendadas con la real estampilla están ya en poder del señor Boscovich... ¿Entramos, señor duque? (Mostrando los salones.)
- ROSÉN Tengo que hablar brevemente con la princesa. Seré con vosotros en seguida. (Vase Méraut.)

## ESCENA II

ROSEN, COLETTE

- ROSÉN ¡Collete!
- COL. ¡Padre mío!
- ROSÉN Esta conferencia que tengo con vos la he te-

nido ya con vuestro marido antes de que se embarcara, obedeciendo á las órdenes del Rey, y después de haber hecho el inventario de vuestros valores y papeles. ¿Sabéis lo que nos cuesta esta fiesta?

COL. ¿Podría perdonarme la osadía de pedir os cuenta de vuestras acciones?

ROSÉN A mi edad, princesa, todo hombre de corazón debe á sus herederos...

COL. ¡Oh, padre mío!

ROSÉN Es preciso que sepais que me estoy arruinando. Yo pago al fin los gastos de la expedición, y si el Rey llegara á sucumbir, como yo no debo, como yo no quiero consentir que su firma sea protestada, he dejado como garantía nuestras propiedades... (Gran movimiento en los salones. Se oyen aclamaciones.)

COL. ¡Oh, la Reina llega! (Cogiendo el brazo á Rosén.) Pasemos á recibirla... y apoyaos en mí, padre mío... (La Reina aparece llevando á Guillermo de la mano, acompañados de la reina de Palermo, de la marquesa de Silvis, de Méraut y de Boscovich; el duque y Colette salen á su encuentro. La orquesta se oye de nuevo.)

### ESCENA III

LA REINA, la REINA DE PALERMO, GUILLERMO, ROSEN, COLETTE, la MARQUESA DE SILVIS, MERAUT, BOSCOVICH, grupo numeroso de invitados que reciben á la Reina con saludos y aclamaciones.

MERAUT (Aparte, devorando á la Reina con la mirada.) ¡Qué hermosa está! ¡Y rejuvenecida! ¡Radiante! ¡La esperanza, que, como un sol de vida, se levanta de nuevo para ella... ¡El Rey, si no arrepentido, corregido cuando menos... ¡Y el amor que los unía renaciendo de sus cenizas! (A sí mismo, con cólera.) Vamos, ¿qué es esto, estúpido? ¿Quieres dar lugar á que se conozca tu locura?

REINA (Dirigiéndose al grupo de invitados.) Señores, sería cosa de bendecir el destierro, puesto que

- sólo en él pueden manifestarse tan hermosas fidelidades... (Se dirige hacia el fondo, siempre acompañada de la reina de Palermo y de Guillermo. Los grupos de invitados se dispersan lentamente. La orquesta continúa. Dirigiéndose á Rosén.) ¿Sois mago por lo que veo? ¡Cuánta maravilla!
- ROSÉN      ¿Qué significa, ni vale, ni representa nada de esto, Señora, en comparación con las fiestas celebradas sobre las terrazas de mármol que bordea el mar, allá en vuestra residencia veraniega?
- REINA      Ya se renovarán, duque, y no con menos esplendor que antaño. ¿El Rey no ha venido aún?
- ROSÉN      A las doce llegará, Señora, acompañado del señor Marqués de Hanska. Al entrar en los salones la orquesta tocará el himno nacional de Dalmacia.
- MÉRAUT      (Aparte, considerando á la Reina.) ¡Ni una palabra, ni una miradal... Decididamente es feliz... puesto que olvida...
- LACAYO      (De gran librea, anunciando.) ¡Su Excelencia el señor Marqués de Hanska! (Movimiento de curiosidad en los concurrentes. Gesto de contrariedad en la Reina.)

#### ESCENA IV

DICHOS, el MARQUÉS DE HANSKA

- REINA      (Aparte.) ¿Solo? (Alto.) Sed bien venido como la esperanza, señor Marqués. Pero, ¿y el Rey? Yo creía que vendrías en su compañía.
- HANS.      (Inclinándose.) Yo no precedo sino de algunos instantes á Su Majestad, Señora. Por una medida de precaución Su Majestad ha querido asistir al Circulo esta noche como de costumbre.
- REINA      Me parece muy bien. (A la Reina de Palermo.) El héroe de Malabrea, prima, el glorioso Marqués... La Reina de Palermo.
- R. PAL.      ¡Dichosa la causa que cuente con vos como soldado!

HANS. Es vuestra propia causa, señora: ¡pluguiera á Dios que bastara un solo soldado para hacerla triunfar! ¿Tendré esta noche el honor de ver al Rey de Palermo?

R. PAL. El mal estado de su salud le obliga á vivir retirado del mundo...

HANS. ¡Que Dios devuelva su salud al Rey! ¿Sigue siendo el Padre Tomassi director espiritual del Rey?

R. PAL. Sí, Marqués.

HANS. Su Majestad lleva razón. El Padre Tomassi es un santo. (Apercibiendo al Duque de Rosén.) El señor de Rosén... ¿no es eso? (Tendiéndole la mano.) Somos ambos de la misma raza, señor Duque; vos sois el águila, yo el milano.

ROSÉN Eso es cierto en lo que os respecta. ¡Viva el Rey!... Marqués...

HANS. ¡Vivan los reyes!... Duque...

REINA (Presentando Guillermo al Marqués de Hanska.) ¡Marqués de Hanska, mi hijo! Guillermo, este caballero es el guía que acompañará al Rey en su viaje.

GUIL. Yo quisiera acompañaros, señor...

HANS. El camino es un poco duro para vos, Alteza.

GUIL. Sí, ya sé... no soy bastante grande para batirme... pero el rey Juan, en Poitiers, llevaba á su lado al príncipe heredero, un niño de mi edad. Y su hijo le gritaba en lo más recio de la batalla... «Padre, á la derecha; padre, á la izquierda»—mientras que el Rey, á derecha é izquierda, descargaba golpes con su enorme hacha de guerra...

HANS. (Besándole respetuosamente la mano.) Eso es lo que se llama el lenguaje de un príncipe heredero. (A la Reina.) Yo felicito á Vuestra Majestad por ello...

REINA Felicidad á su preceptor, que es á quien se lo debe todo. (Llamando á Méraut, que se aproxima.) ¡Señor Méraut! (Presentándolo al Marqués de Hanska.) El señor Méraut: el héroe de Malabrea. (Ambos se inclinan ante las reinas y avanzan hacia el fondo.)

R. PAL. Ese preceptor es un hombre extraordinario.

- REINA No sé exactamente qué es lo que predomina en él: si el genio ó la lealtad.
- R. PAL. Tiene el aspecto triste y como fatigado...
- REINA (Observando a Méraut atentamente.) Llevas razón: no lo había notado: trabaja con exceso. He debido darme cuenta de ello y tratar de evitarlo... (Vanse hacia el fondo, mientras que el Marqués y Méraut se acercan hablando animadamente.
- HANS. Creedlo: yo estoy aquí por vos principalmente... Si no hubiera sido por vuestras cartas, enérgicas, endiabladas, llenas de relámpagos y de redobles de tambor... (Mirándolo fijamente en los ojos.) Porque, ¿contais vos mucho con Cristián II?
- MÉRAUT (Vivamente.) ¡Oh, él se crecerá bajo las balas! y además... hay su hijo... ¡el rey que yo hago!
- HANS. El pequeño, sí... Ha tenido una frase muy bonita hace un instante, hablando conmigo. (Meneando la cabeza.) Pero el vaso es demasiado frágil, señor Méraut, para plantar en él un roble.
- MÉRAUT Participais de mis temores... Su médico lo encuentra cada vez más debil.
- HANS. (Levantando los hombros con un gesto de indiferencia.) Después de todo, ¿qué importan los reyes, que no son sino sombras, si los principios quedan en pie? Y esos principios encarnan donde quiera que hallan fuerza y terreno adecuado, en vos, en mí. ¡Reinad vos tras de vuestro fantasma! Mi espada es vuestra, y entre los dos, creedlo, ya encontraremos ocasión y modo de realizar grandes cosas.
- REINA (Aproximándose al grupo que forman.) El Rey no viene, señor Marqués.
- HANS. ¿Me sería permitido ir á su encuentro?
- REINA No creo que sea necesario. ¿Estais, no es así, de acuerdo en lo que se refiere á nuestros problemas actuales?
- HANS. Y á los del porvenir también, Señora.
- REINA El porvenir será obra vuestra.
- HANS. Yo no soy sino el brazo, Señora. (Mostrando a Méraut.) La cabeza es esta. Los azares de la

guerra pueden ocasionar un desastre... pero no desesperéis de nada, Señora, en tanto os quede vuestro hijo... en tanto quede á Su Alteza su profesor... Pido venia á Su Majestad para incorporarme al Duque... El tiempo apremia... (Sale por una de las puertas de la izquierda. La Reina queda sola con Méraut.)

## ESCENA V

LA REINA, MÉRAUT

REINA (Después de una pausa.) Me felicito, señor Méraut, de oír decir en voz alta, por cuantos os conocen, las mismas cosas que yo pienso para mí sola.

MÉRAUT Y eso me hace enrojecer, porque, ¿qué valen ni representan los miserables servicios que haya tenido la alta honra de prestar á Sus Majestades en relación con los que el Marqués de Hanska va á rendiros, con los que está dispuesta á prestaros esa admirable juventud, que yo contemplo desde aquí sonriendo á la vida, como mañana, y con el pensamiento fijo en Vuestra Majestad, sonreirá á la muerte?

REINA Ya comprendo; vuestro deseo sería partir con ellos... pero vuestro puesto está aquí... para dirigir... para vivificarlo todo. ¡Vos sois el alma!

MÉRAUT (Con pasión.) ¡Dios mío, mi vida, mi vida por ella! (En este instante se oyen tres compases fuertes, enérgicos, desgarradores, seguidos de un preludio en sordina.)

REINA (Levantándose.) ¡Las guzlas! ¡Su Majestad acaba de llegar!

## ESCENA VI

DICHOS. Después todos los invitados

BOS. (Entrando precipitadamente.) El Rey acaba de llegar, Señora.

REINA Prevenid al Duque. (En este momento el Duque de Rosen entra por la puerta de la izquierda.)

- ROSÉN Vengo al encuentro de Su Majestad... (El preludio continúa: los invitados se vuelven hacia la puerta por la que se supone que debe entrar el Rey.)
- R. PAL. ¿Qué aire es ese, Federica, tan extraño? Ensanchar el corazón, pero lo rompe...
- REINA (Vibrante de entusiasmo y alborozo.) Es el aire nacional dalmata, canto guerrero, wals é himno de amor, todo al mismo tiempo. Mira cómo electriza á cuantos le oyen. ¿No es verdad, Rosén?
- ROSÉN ¡Oh, Majestad! ¡Treinta años menos me parece tener escuchándolo!
- REINA ¡Vamos, Rosén! Decid á los músicos que nos cuenten la leyenda de la patria, que entonces ante esta juventud entusiasta el eco familiar de nuestras montañas, mientras yo voy al encuentro de Su Majestad... (El Duque desaparece por el fondo; los otros personajes se agrupan en el último término escuchando, con marcadas actitudes de entusiasmo, el himno nacional. La Reina recorre la escena como buscando al Rey.)
- R. PAL. ¿Dónde está Cristián?
- REINA (Inquieta.) No sé... Lo ando buscando... han anunciado su llegada y, sin embargo... Señor Méraut, id á ver qué es lo que detiene á Su Majestad... (Méraut sale por la pequeña puerta del fondo. Se oyen ¡hurra! en los salones y gritos de ¡viva el Rey!)
- REINA Escucha, escucha eso, Maria...
- ROSÉN (Reaparece palido de emoción.) ¡Majestad!... ¡Pero es preciso que el Rey se presente!
- REINA (Sofocada.) Han ido á buscarlo, Rosén... Viene al instante...
- ROSÉN (Viendo entrar á Méraut.) ¡He ahí al señor Méraut! (La Reina se vuelve hacia Méraut vivamente: éste expresa el mayor abatimiento.)
- REINA (A Méraut.) ¿Qué ocurre? (Méraut no responde; la Reina con ansiedad.) ¿Su Majestad no viene aún?
- MÉRAUT Su Majestad no puede presentarse por el momento, Señora. (En voz baja y señalando á los invitados.) Haced que se alejen... que salga Su Alteza...
- REINA (Lo considera un momento y se dirige á la Reina de

- Palermo, fingiendo una sonrisa.) María... ¿no querías pasar á aplaudir esa música que te ha gustado tanto?... ¡Guillermo, ofreced la mano á la Reina...
- GUIL. (En voz baja.) Mamá, ¿por qué no viene el Rey?
- REINA Va á venir en seguida, hijo mío...
- R. PAL. (Al pasar ante su prima.) ¡Valor, Federica!
- REINA Pero, ¿qué es lo que imaginas? No temas nada... Un retraso insignificante... eso es todo... (La Reina de Palermo desaparece por el fondo con Guillermo: no quedan en escena sino la Reina, Méraut y el Duque de Rosén: la Reina á Méraut.) ¡Pero este retraso puede comprometerlo todo! ¡La atención se cansa! ¡Las manos se fatigan, el entusiasmo se enfria... ¿Qué pasa al Rey?
- MÉRAUT Nada... un momento de reposo... Su Majestad tiene necesidad de descansar...
- REINA (sordamente.) Todo está perdido, ¿no es eso?
- MÉRAUT (Con energía.) ¡No, mientras Vuestra Majestad exista!
- REY (Desde fuera.) ¡Dejadme, de Axel, quiero entrar... os digo que entraré!
- REINA (Lanzando un grito de alegría.) ¡Oh, es el Rey! (El Rey entra por la pequeña puerta del fondo en compañía del Príncipe de Axel; la Reina se precipita á su encuentro.)

## ESCENA VII

LOS MISMOS, el REY, el príncipe de AXEL

- REY (Con voz pastosa.) Dispensadme, Federica, si os he hecho aguardar... (La Reina lo mira con espanto y retrocede de pronto con una indecible expresión de horror y de repugnancia. El Rey está borracho.)
- REINA ¡Oh!
- REY (Haciendo visibles esfuerzos para ocultar su estado.) Axel os explicará... me han retenido... pero yo sabía bien... donde... donde estaba mi

- deber... y aquí estoy... dispuesto á todo... (Da un paso hacia la puerta del fondo; la orquesta toca en sordina; la Reina le intercepta el paso.)
- REINA ¡Oh! No entreis... no entreis ahí... Que nadie os vea en ese estado. (Mérant cierra la puerta y se coloca ante ella.)
- REY (Riendo estúpidamente.) ¿Temeis... algo?... Esto no es nada... Un ligero desvanecimiento... el calor... se ahoga uno aquí... (Como reuniendo sus fuerzas.) ¡Ea, yo quiero hablarles... una arengal... (Vencido.) Y no puedo más. (Se deja caer sobre una silla y se pasa el pañuelo por la frente.)
- REINA (Con desesperación.) ¡Y allí aguardan los que están dispuestos á morir por él! ¡Morir por él! ¡Ah, ya estoy, al fin, harta de hacer los gestos de este mal Rey! (Mérant, sacudido por el grito de la Reina, llega hasta el Rey y lo coge por el brazo para levantarlo.)
- MÉRAUT Vamos, Señor, teneos de pie...
- ROSÉN (Colérico.) ¡Señor Mérant... al Rey!
- REY (De pie, con voz casi clara y poniéndose en orden la ropa.) Perdonad, Señora, pero yo no sé qué derechos habeis concedido á ese hombre sobre vuestra persona para que se permita tan singulares modos conmigo.
- REINA (Aterrada ante el ultraje.) ¡Oh! (A Mérant, que dominando un movimiento de cólera se inclina suplicante ante la Reina, como pidiéndole perdón por el insulto del Rey.) ¡Salid, caballero! (Mérant queda aterrado ante el gesto de la Reina, que le muestra la puerta. La Reina, con lentitud.) A un Rey no se le llega, ni aun para levantarlo... ni á una Reina... aun para defenderla. ¡Adiós para siempre! (Mérant retrocede paso á paso, con la mirada fija en la Reina.)
- MÉRAUT (Con voz baja y desesperada.) ¡Es una sentencia de muerte! ¡Adiós, Señora, adiós! (Vase con aire de profunda desesperación. La orquesta toca en crescendo, mezclada á las aclamaciones de los invitados, mientras que la Reina, pálida y fría, ofrece el brazo al Rey, con quien sale por la pequeña puerta del fondo.)
- REINA Rosén, dignaos abrir esa puerta. Soy con vosotros en seguida.

## ESCENA VIII

ROSÉN, el PADRE ANSELMO, BOSCOVICH. Luego COLEITE, la REINA, el marqués de HANSKA é INVITADOS

ROSÉN (Dejándose caer en un sillón y ocultando la cabeza entre sus manos.) ¡Qué desastres! (Pausa. Entran el Padre Anselmo y Boscovich por una de las laterales, presas de una gran agitación.)

P. ANS. (A Boscovich.) Tiemblo de miedo. Decirle al Rey: «No teneis reino». Y á ese padre infortunado (señalando á Rosén.): «No teneis hijo». Y á esa pobre princesa: «Sois viuda, señora»...

BOS. Y todo ello en medio de una fiesta.

P. ANS. (Aproximándose á Rosén.) ¡Señor Duque!...

ROSÉN (Sobresaltado.) Padre, ¿sois vos? ¿Ya de regreso?

P. ANS. Por nuestro mal, Duque, por nuestro mal. Soy mensajero de desgracias.

ROSÉN ¿Herbert?... ¿Nuestra Dalmacia?...

P. ANS. Herbert, herido, con el general Tekeli. La Dalmacia enhiesta como un muro ante nuestras pretensiones...

ROSÉN ¡Herbert! Pero, ¿cómo?

P. ANS. Una infame traición Un crimen... inexplicable. Sólo el Rey lo sabía. ¿Cómo han podido caer en esa emboscada?

ROSÉN Pero, en fin, ¿su herida?...

BOS. Mortal, Duque. (Signo de dolor de Rosén.)

P. ANS. Sois un soldado... y un alma. Yo os debo la verdad entera, sin avaricias. Vuestro hijo, en unión del general Tekeli, han sido fusilados.

ROSÉN (Cayendo sobre un sillón y ocultando la cara con las manos. Sollozando.) ¡Mi hijo... mi Herbert!... (Con explosión.) ¡Hijo mío!

P. ANS. (A Boscovich.) Buscad á la Reina para prevenirla del desastre. Su Majestad se lo comunicará al Rey...

ROSÉN (Levantándose. Con espantosa indignación.) ¡Por ese Rey!... (Después de una pausa. Dominándose. Con

- aparente calma.) Bueno. Esto concluyó, todo ha concluido: Herbert primero y yo en seguida. ¡Pero verse uno obligado á romper con cuanto se amó... ¡al final de la vida!
- P. ANS. Mensajero de desgracias, traigo una carta del príncipe, escrita en la capilla momentos antes del drama...
- ROSÉN ¡Oh, dádmela! ¡Hijo mío!
- P. ANS. Es para la princesa. A ella va dirigida...
- ROSÉN (con rabia.) ¡La princesa! (Con ademán trágico.) Voy por fin á arrancarme la careta. ¡Comenzaba á escocerme demasiado! (Apercibiéndose á la princesa, que discurre entre un grupo de invitados en uno de los salones del fondo.) ¡Princesa!... tengo una noticia que daros... Herbert ha muerto, asesinado por vuestro... asesinado por el Rey, que, ligeramente ebrio sin duda, propaló la noticia de nuestros planes, de la llegada de mi hijo á Gravosa... entre su gente... en el hotel Spalato ó en los círculos que frecuenta...
- COL. (Cayendo como desvanecida en un sillón.) ¡Madre mía!...
- ROSÉN El Padre Anselmo os trae una carta del héroe que fué vuestro marido... del martir...
- COL. (Anegada en llanto al Padre Anselmo.) ¡Oh, traed! (Enjugándose los ojos con el pañuelo.) ¡No veo! ¡No puedo leer!
- ROSÉN El padre os la leerá, y luego de leerla me la daréis... ese eco de ultratumba...
- COL. Pero es mía... me pertenece...
- ROSÉN Sí; pero yo voy á proponeros un cambio que estoy seguro que aceptaréis. Vuelvo al instante. (Haciendo ademán de salir.) Leedla, Padre. (Vase.)

## ESCENA IX

EL PADRE ANSELMO, COLETTE

- COL. (Sofocada.) No puedo... no puedo... Leed, Padre mío.
- P. ANS. ¡El camino de la cruz! (Rompiendo el sobre de la carta y leyendo.) «Aun aquí, mi Colette, en esta

prisión de muerte, en capilla, el recuerdo de tus hermosos ojos y de tu gracia completa de parisiense, me ponen de buen humor. Muñeco mío, reina y vida mía, créelo; tú me has inspirado siempre deseos irresistibles de reír... muy tiernamente. No te desesperes por mi viaje sin regreso, y di á mi padre que, como buen soldado, he muerto de pie, con dos nombres en mi corazón y en mis labios: el tuyo y el de mi Rey.» (Entra Rosén, que tiene de su mano á Colette pidiéndole la carta que el Padre Anselmo acaba de entregarle.)

## ESCENA X

DICHOS y ROSEN

- ROSÉN      Dadme esa carta, señora.  
COL.      Es mía... padre... me pertenece...  
P. ANS.    (Retirándose.) Mi deber está allí. (Mostrando la pequeña puerta lateral) La Reina puede necesitar de mis auxilios.
- ROSÉN      (En voz baja y como haciendo un esfuerce.) Está bien; pero yo os había propuesto un cambio... (Sacando de uno de los bolsillos un paquete de cartas y mostrárselo á Colette.) He encontrado este paquete de cartas haciendo el inventario de vuestros muebles... dadme la que acabais de recibir de mi hijo, y yo os entregaré todas estas.
- COL.      (Sorprendida al principio, y luego con espanto.) ¡Las cartas del Rey!
- ROSÉN      (Impasible.) ¿Aceptáis?
- COL.      (Vacilante, pero luego lentamente y sin atreverse á mirar al duque, le alarga la carta de Herbert y recoge las del Rey.) ¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Oh, yo muero! (Llorando y ocultando la cara con las manos.)
- ROSÉN      No, no sois vos de las que mueren de vergüenza. (Con frialdad.) Y esto es todo cuanto tenía que deciros, señora. (Le vuelve la espalda. Colette comprende y sale por una de las puertas laterales sollozando. Rosén leyendo la carta y en alta voz

su final.) «...con dos nombres en mi corazón y en mis labios: el tuyo y el de mi Rey.» (Con pasión.) ¡Hijo mío! (Esparce la vista alrededor suyo para ver si no lo observan los invitados que discurren por la sala, y besa frenéticamente la carta de su hijo, ocultándola con vivacidad y saludando reverenciosamente á la Reina, que entra acompañada del Padre Anselmo, del marqués de Hanska y Boscovich.)

## ESCENA XI

LA REINA, ROSEN, el MARQUES DE HANSKA, el PADRE ANSELMO, BOSCOVICH, después el REY

REINA ¡Qué horror, duque! ¡Cómo expresaros mi pena!

ROSÉN ¡Señora!

HANSKA Los instantes son supremos, y ha llegado el momento de hablar sin rodeos ni perifrasis: el Rey, Señora, ha hecho traición á su propia causa, y es preciso obligarlo á la abdicación.

REINA (Con amargura.) ¡Es preciso!

ROSÉN Yo me encargo de ello... con vuestro concurso, Padre, y el vuestro. (Dirigiéndose á Hanska.)

REINA (A Boscovich.) Rogad á nuestros amigos (señalando á los salones del fondo.) que, sin ceder en sus entusiasmos, aguarden aún algunos momentos, y redactad el acta de abdicación sin pérdida de momento. Yo voy en busca del Rey. Hablad con él á solas. Seré con vosotros en el momento oportuno. (Vase. Boscovich se dirige á los grupos que llenan los salones, volviendo algunos instantes después y escribiendo febrilmente en el guerdón que ocupa uno de los ángulos de la sala.)

## ESCENA XII

ROSEN, el MARQUES DE HANSKA, el PADRE ANSELMO, BOSCO-  
VICH. Luego el REY y la REINA

P. ANS. ¡La abdicación! ¡No hay otro recurso si la Monarquía ha de subsistir en nuestra patria. ¡La sangre del Príncipe de Rosen y del General Tekeli, chorrea sobre la cabeza del Rey...

HANSKA Pero el Príncipe heredero es un muerto...

ROSÉN Que puede resucitar... que resucitará... (El Rey entra apercibiendo á Rosén.)

REY (Aparte.) Ese pobre Duque me inspira lástima... (Alto.) ¡Ah, sois vos, Rosén! Mi pésame muy sentido. Creed que es de todo corazón.

ROSÉN (Con frialdad.) Gracias, Majestad. Aquí estoy en cumplimiento de mi deber.

REY (saludando.) ¡Señores!... La Reina me habla de una comunicación urgente...

ROSÉN (Señalando al Padre Anselmo y al Marqués de Hanska.) Estos señores, Majestad, os comunicarán los deseos de vuestros súbditos.

REY (Un tanto sorprendido.) ¿La cosa es, pues, grave? Soy todo oídos, señores. (Sentándose.)

P. ANS. Señor... Después de la catástrofe de Gravosa...

REY De la cual creo que no me haréis responsable. Denunciado, delatado, víctima de algún miserable, cuyo nombre no tardaré en descubrir... pero en fin, ya sabéis que yo hubiera salido esta mañana con el propósito de hacerme romper la cabeza como el primero...

HANSKA ¿Quién puede dudar de ello, Majestad? Pero la opinión en Dalmacia, poco al corriente de las causas, el pueblo, sobre todo, que no cree sino en la razón del éxito, que no se entusiasma sino por la fuerza triunfante...

REY Al grano, Marqués, la muerte sin frases...

HANSKA Y bien, Señor; es preciso abdicar.

P. ANS. La suerte de vuestra dinastía lo exige.

REY (Irguiéndose.) ¿Decís...?

- HANSKA ¡Que os pedimos la abdicación á favor de vuestro hijo, más popular que vos en Dalmacia!
- REY ¡Abdicar, sí... comprendo!... ¿Pero abdicar qué, puesto que yo no poseo nada? No se abdica en el destierro.
- P. ANS. La Reina de Cerdeña lo ha hecho y su hijo ocupa el trono...
- HANSKA Por lo demás, esa es la voluntad de vuestra nobleza...
- REY (Con arrogancia.) ¡De mi nobleza! Yo aseguro que Rosén...! ¿Qué piensa de eso mi querido Duque? (Rosén mira al Rey inmóvil y mudo.) ¿Cómo? ¿Tú, que me has dado tu fortuna y tu hijo...?
- ROSÉN (Gravemente.) ¡No á vos, Majestad, sino á la Corona!
- REY (Desconcertado. Pausa.) Pero, ¿y la Reina? ¿Qué piensa la Reina de esta abdicación?

### ESCENA ULTIMA

DICHOS; la REINA; luego GUILLERMO, la MARQUESA DE SILVIS y los invitados

- REINA (Con frialdad.) La Reina cree que es necesario renunciar á la corona cuando no se puede llevar sin arrogancia.
- REY (A media voz.) ¡Qué cruel sois, señora!... (La Reina pasa ante él sin mirarlo.) ¡Federica! (La Reina se detiene y lo contempla. El Rey se inclina.) ¡Basta! ¡Quedarás complacida! (A sí mismo, sordamente.) ¿Para qué rehusar la libertad que se me ofrece? (Con tono resuelto.) ¡Sea, pues, señores! Boscovich nos redactará el acta...
- BOS. (Levantándose y mostrando el pliego en que acaba de escribir.) Está ya redactada, Majestad.
- REY ¿Se trata, pues, de una conjuración?
- REINA Majestad... el Rey faltó á la cita con sus partidarios... yo pude considerarme como Regente...
- REY ¡Boscovich, una pluma! (Firmando el acta de abdicación.) Pero he ahí mi Rey. (Viendo entrar á

Guillermo acompañado de la Reina de Palermo y de la marquesa de Silvis. A los invitados que los siguen.) ¡Mi sucesor! ¡Vuestro soberano, señores, desde este instante! (Movimiento de estupefacción en la concurrencia.) Acabo de abdicar en favor suyo. Mi consejero se servirá dar lectura del acta. (El Príncipe se detiene vacilante.) He ahí mi sucesor. (A la Reina.) ¿Lo sabe ya, señora? (Al gesto afirmativo de la Reina, el Rey le tiende los brazos.) ¡Dadme un abrazo á pesar de todo, hijo mío! Yo soy ya vuestro súbdito... pero durante un momento, un momento nada más, continuemos siendo el padre y el hijo. (Guillermo cae, rendido por las emociones, encima de uno de los sitials.)

GRUPO  
SILVIS

(De invitados.) ¡Viva el Rey!  
Pero, ¿qué es eso? ¿El Rey se muere? (Mostrando al pequeño Rey, blanco como la nieve y postrado sobre el sofá.)

REY

(Precipitándose hacia la Reina.) ¡Federica! ¡Hijo mío! (La Reina va precipitadamente hacia el pequeño Rey, que Cristián ha recogido en sus brazos.)

REINA  
GUIL.

¡Hijo mío!  
(Volviendo en sí.) ¡Oh, no es nada! ¡Yo no sé!... Pero quedaos aquí, junto á mí, los dos... papá... mamá...

REINA

(Contemplándolo, palpitante de angustia.) ¡Ah, qué importa la coronal! ¡Pero que viva, que viva, Dios mío!

GUIL.

(Con timidez.) Mamá, papá, y si no soy Rey, ¿me querreis sin embargo?

REINA

(Besándolo, entre sollozos.) ¡Hijo mío!

TELÓN









# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID

Librerías de los Sres. *Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los Sres. *Simón y C.<sup>a</sup>* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

---

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.